COLECCIÓN UNIVERSAL
N. ° 16 -

X39Y
M538
PRÓSPERO MERIMÉE

. S,

Doble error
NOVELA

E2N39

Paan E

MADRID -BARCELONA MCMXIX

Library

of the

University of Wisconsin
FROM THE LIBRARY OF

ANTONIO GARCIA SOLALINDE

1893-1937

PROFESSOR OF SPANISH
1924-1937

COLECCIÓN UNIVERSAL

Próspero Merimée

DOBLE ERROR

MCMXIX

ES PROPIEDAD
Copyright by: Calpe, 1919.

Papel fabricadocspecialmentepor LA PAPELERAESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

PRÓSPERO MERIMÉE

Doble error

NOVELA

La traducción del francés ha sido
hecha por D. Angel Sánchez Rivero.

E А
.

L

MADRID -BARCELONA MCMXIX

.

« Tipográfica Renovación

»

(C. A.

)

, Larra

, 8.

- MADRID

1. G. SOLALINOS

.

495036 X 397
M538
APR 15 1941 DO
. S

MERIMÉE

Próspero Merimée (1803-1879) nace en París, muere en Cannes; desempeña algunos cargos ad ministrativos, y en un viaje por España contrae estrecha amistad con la condesa de Montijo y con su hija Eugenia, años después Emperatriz de los Franceses. Esta amistad le hace compartir la vida
intima de la Corte durante el Segundo Imperio y
le lleva al Senado.
Para el público español la personalidad de Me rimée va principalmente unida al recuerdo de Carmen, una de las más resonantes interpreta
ciones de nuestro ambiente. Con esta linda nove
lita, son titulo a la gloria de Merimée la Crónica del reinado de Carlos IX, Colomba, Tamango,
Matteo Falcone, La Venus de Ille y otras varias,
breves y delicadas.
Merimée pertenece a la casta de los artistas refinados, enemigos de la prodigalidad y la exube rancia. Su forma es precisa y apretada; su cons trucción firme y lógica. Dibuja un carácter con un rasgo ligero. Huye de las frases excesivas.

Su tono es el de un hombre de mundo que cuenta las mayores atrocidades sin cambiar de acento,

6

con un espíritu de mordacidad nelada y de escep

ticismo desilusionado.
Doble error (La double meprise)

, publicada en
1833, presenta en breve espacio estas caracteris ticas del delicado talento de Merimée: la ironia mundana y pesimista, la sobriedad elegante, la trabazón arquitectónica y el fácil y penetrante dibujo de los caracteres.

1

DOBLE ERROR

I

Julia de Chaverny llevaba unos seis años de ca sada y desde hacía próximamente cinco o seis me ses había reconocido, no sólo la imposibilidad de amar a su marido, sino también la dificultad de tenerle en alguna estimación.
Y no es que este marido fuese mala persona ni tonto ni bobo. Acaso, sin embargo, había en él algo de todo esto. Consultando su niemoria, hu biera ella podido recordar que en otro tiempo le había parecido amable; pero ahora le aburría. To do en él le resultaba antipático. Su manera de co mer, de tomar el café, de hablar, le crispaba los nervios. No se veían, ni se hablaban, más que en la mesa; pero comían juntos varias veces por se mana, y era lo bastante para alimentar la aver..

sión de Julia.
En cuanto a Chaverny, era un hombre bastante buen mozo, quizá demasiado grueso para su edad, de tez fresca, sanguínea, refractario por tempe ramento a esas vagas inquietudes que atormen tan a las gentes imaginativas. Creía piadosamen

>

8

te, que su mujer sentía por él una dulce amistad
(era demasiado filósofo para creerse amado como

el primer día de matrimonio)

, y esta persuasión,
no le causaba ni placer ni pena; se hubiera aco
modado igualmente a lo contrario. Había servido
en un regimiento de Caballería; pero al heredar
una fortuna consi rable, se había cansado de la
vida de guarnición y, presentada cu dimisión, se
había casado. Explicar el matrimonio de dos per
sonas que no tenían una idea común, puede pare cer bastante difícil. Por una parte, los parientes y estos amigos oficiosos que, como Frosina, ca
sarían la república de Venecia con el Gran Tur
co, se habían movido mucho para arreglar los asuntos de interés. Por otro lado, Chaverny per tenecía a una buena familia; no estaba entonces demasiado gordo; era alegre, y resultaba en toda la acepción de la palabra un " buen muchacho ". Julia, le veía venir con gusto a su casa, porque le hacía reir contándole historietas de su regi miento, de una comicidad que no era siempre de buen gusto. Le encontraba simpático, porque bai laba con ella en todos los bailes y no le faltaban
nunca buenas razones para persuadir a su ma
dre a que se quedase hasta una hora avanzada, a ir al teatro y al Bois de Bculogne. Por último, Julia, le tenía por un héroe porque se había batido
honrosamente en duelo dos o tres veces. Pero lo
que redondeó el triunfo de Chaverny, fué la des
cripción de cierto coche que haría construír según un plan suyo y en el cual conduciría él mismo, a

g

Julia cuando hubiese consentido en otorgarle su
mano.

Al cabo de algunos meses de matrimonio, todas
las bellas cualidades de Chaverny habían perdido
mucho de su mérito. No bailaba ya con su mu

jer; no hay que decirlo. Sus historietas alegres, las había referido todas tres o cuatro veces. Aho ra decía que los bailes se prolongahan demasia. do. Bostezaba en el teatro y consideraba una mo
lestia insoportable el uso de ponerse de etiqueta
por la noche. Su defecto capital era la pereza; si
hubiese procurado agradar, acaso lo hubiera pc
dido conseguir; pero todo esfuerzo le parecía in soportable; condición común a casi todas las gen tes gordas. La sociedad le aburría, porque en ella sólo le reciben a uno bien en la medida de los
esfuerzos que se hacen por agradar. La ale
gría burda le parecía muy preferible a distrac ciones más delicadas; pues para distinguirse entre las personas de su gusto, sólo necesitaba gritar más fuerte que los otros, cosa no difícil para él, con pulmones tan vigorosos como los suyos. Ade más, se vanagloriaba de beber más vino de Cham paña que un hombre ordinario, y hacía perfecta mente saltar a su caballo una valla de cuatro pies. Gozaba, por consiguiente, de una estimación legítimamente adquirida, entre esos seres difíciles de definir a quienes se llama los jóvenes, que abun
dan en nuestros bulevares hacia las cinco de la

tarde. Partidas de caza, jiras campestres, carre ras, comidas o cenas de solteros, eran buscadas

10

por él con ahinco. Veinte veces al día declaraba que era el más feliz de los hombres; y siempre, al escucharle, levantaba Julia los ojos al cielo y su boquita tomaba una indecible expresión de desdén. Bella, joven y casada con un hombre que le disgustaba, concíbese que debía verse rodeada
de homenajes muy interesados. Pero, además de
la protección de su madre, mujer muy prudente,
su orgullo, que era su defecto, la había defendido
hasta entonces contra las seducciones del mundo.
Por lo demás, el desengaño que había seguido a su matrimonio, dándole una especie de experien.
cia, había hecho difícil que se entusiasmase. Sen
tíase orgullosa de verse compadecida en sociedad, y citada como un modelo de resignación. Después
de todo, se encontraba casi feliz; a nadie ama
ba, y su marido la dejaba en completa liber
tad. Su coquetería (es preciso confesarlo, le gus taba un poco probar que su marido no conocía el
bien que poseía)

, su coquetería, completamente
instintiva, como la de un niño, se conciliaba muy
bien con cierta reserva desdeñosa que no era gaz
moñería. En

fin,

sabía ser amable con todo

el
mundo;

pero con todo

el

mundo igualmente.

La
maledicencia no podía reprocharle

lamenor cosa.

II

Los dos esposos habían comido

en

casa

de

la
señora

de

Lussan,madre

de

Julia,

que partía para
Niza.

Chaverny,

que

se

aburría mortalmente en

11

casa de su suegra, se había visto obligado a pa
sar allí la velada, a pesar de sus ganas de ir a
reunirse con sus amigos en el bulevar. Después
de comer se había arrellenado en un cómodo sofá,
y había pasado dos horas sin decir una palabra.
La razón era sencilla: dormía, con decoro desde luego, sentado, la cabeza inclinada a un lado como escuchando con interés la conversación, y hasta se despertaba de cuando en cuando y colo
caba unas palabras.
Después fué preciso sentarse en una mesa de
whist, juego que detestaba porque exigía cier
to cuidado. Todo esto se había prolongado hasta
hastante tarde. Acababan de dar las once y me
dia. Chaverny no tenía ningún compromiso para la noche: no sabía qué hacer. Mientras se hallaba
en esta perplejidad, anunciaron su coche. Si vol
vía a su casa, tenía que llevar a su mujer. La perspectiva de encontrarse a solas con ella du rarte veinte minutos, era cosa que le espantaba '

;

pero no tenía cigarros en el bolsillo, y sentía apre
miantes deseos de empezar una caja recibida del
Havre en el momento mismo en que salía para comer. Se resigno.
Cuando envolvía a su mujer en el chal, no pudo menos de sonreir viéndose, en un espejo, cumplir así los deberes de un marido de ocho días. Consideró también a su mujer, a la cual apenas había mirado. Esta noche le pareció más bonita que de costumbre, y por ello tardó algún tiempo
en ajustar el chal sobre sus hombros. A Julia le

12

contrariaba, como a él, la perspectiva de quedarse a solas con su marido. Su boca hacía una pequeña mueca de disgusto, y sus cejas arqueadas se apro ximaban involuntariamente. Todo esto daba a su
fisonomía una expresión tan agradable, que ni un
marido podía ser a ella insensible. Sus ojos se encontraron en el espejo durante la operación de que acabo de hablar. Ambos se sintieron turba dos. Para salir del apuro, Chaverny, besó sonrien do la mano de su mujer, al levantarla ella para arreglarse el chal.
- Cómo se quieren!—dijo por lo bajo la seño ra de Lussan, que no advirtió el frío desdén de la mujer, ni el aire despreocupado del marido.
Sentados ambos en el coche y tocándose casi,
permanecieron primero algún tiempo sin hablar.
Chaverny sentía que era conveniente decir algo,
pero nada se le ocurría. Julia, por su parte, guar daba un silencio desesperante. El, bostezó dos o tres veces, y sintiéndose avergonzado, se creyó, la última vez, en la obligación de pedir perdón a su mujer.

- La reunión ha sido larga - agregó para excu
sarse.

Julia no vió en esta frase, más que la intención de criticar las reuniones de su madre y de decirle alguna cosa desagradable. Desde hacía mucho tiempo había tomado la costumbre de evitar toda
explicación con su marido; continuó, pues, guar
dando silencio.
Chaverny, que a su pesar se sentía esta noche

13

con ganas de hablar, prosiguió al cabo de dos mi
putos:

- He comido hoy muy bien; pero tengo que de
cirte que el champagne de tu madre es demasiado dulce.

- ¿Cómo?

- preguntó Julia volviendo hacia el
la cabeza con mucho abandono y fingiendo no ha ber oído.
- Decía que el champagne de tu madre es de
masiado dulce. Se me ha pasado decírselo. Es asombroso, pero se cree que es fácil elegir el champagne. Y no hay nada más difícil. Hay vein te clases de champagne que son malas, y no hay más que una buena.

-Ah!
Y Julia, después de haber concedido esta inter jección a la cortesía, volvió la cabeza y miro por la ventanilla de su lado. Chaverny se echó hacia atrás y puso los pies en el asiento delantero del
coche, algo mortificado de que su mujer se mos
trase tan insensible a todos sus esfuerzos por entablar conversación.
Con todo, después de haber bostezado otras dos
o tres veces, continuó acercándose a Julia.
- Ese traje te sienta maravillosamente, Julia.
¿ Dónde lo has comprado?
--Quiere, sin duda, comprar otro igual a su que rida - pensó Julia- En casa de Burty - respon dió sonriendo ligeramente.
- ¿Por qué te ríes?

- respondió Chaverny, qui
tando sus pies del asiento y acercándose más.

14

Al mismo tiempo cogió una manga del traje y
se puso a tocarla un poco a la manera de Tartufo.

-Me río— dijo Julia — de que te fijas en mi traje. Ten cuidado; me estás arrugando la manga. Y retiró su manga de la mano de Chaverny. -Te aseguro que me fijo mucho en tus trajes y que admiro mucho tu gusto. No, palabra de honor; el otro día hablaba a

...

una mujer que

se
viste siempre mal,

aunque gasta disparatadamen te.

Va aarruinarse

...

Le decía

... Hablaba

de

ti

...

Julia

se

divertía con

su

confusión y

no procu

raba atajarla interrumpiéndole.
- Estos caballos son muy malos.

No andan.
Tendré que cambiarlos -

dijo Chaverny completa
mente desconcertado.
Durante

el

resto del camino,

la

conversación no
se

hizo más animada;

por una y

otra parte no

se
fué más allá

de

laréplica.
Los dos esposos llegaron

al

fin a

la

calle ***
y

sesepararon deseándose buenas noches. Julia empezaba a

desnudarse,

y

su

doncella aca
baba

de

salir,

no

sé

con qué motivo,

cuando

se
abrió bastante bruscamente

la

puerta

de

su

alco
ba

yentró Chaverny.

Julia

se

apresuró a

cubrirse.
los hombros.

- Dispensa -

dijo él—;

quisiera,

para dormirme,
el

último volumen

de

Scott

...

¿No

es

Quintín
Durward?
- Debe

de

estar

en

tu

cuarto -
respondió Ju
lia

“

;

aquí

nohay libros.
Chaverny contemplaba a

sumujer

en

ese semi

15

desorden tan favorable a la belleza. La encontra ka " incitante ".

- Es verdaderamente una mujer muy guapa
pensaba.
Permanecía en pie, inmóvil, delante de ella, sin decir una palabra y con la palmatoria en la mano. Julia, también de pie frente a él, estrujaba si gorro de dormir y parecía esperar con impacien cia que la dejara sola.

- Estás preciosa esta noche, te lo aseguro!
exclamó al fin Chaverny avanzando un poco y colocando la palmatoria—. ¡Cómo me gustan las mujeres con el pelo en desorden!

Y hablando de esta suerte, cogió con una mano las largas trenzas que cubrían los hombros de

Julia y casi le pasó tiernamente un brazo al
rededor de la cintura.

-Ay, Dios mío! ¡ Hueles a tabaco de un modo
borrible!—exclamó Julia volviéndose, Deja mi pelo; vas a impregnarlo de ese olor y no podré quitármelo ya de encima.
- Bah, dices eso por capricho y porque sabes
que fumo algunas veces. No te hagas tanto de ro gar, mujer.
No pudo ella libertarse de sus brazos lo bastan te de prisa, para evitar un beso que le dió en el
hombro.

Por fortuna para Julia, entró su doncella; pues nada hay tan odioso para una mujer, como esas caricias, que es casi tan ridículo rechazar como aceptar.

16

- María - dijo Julia-, el cụerpo de mi traje
azul es demasiado largo. He visto hoy a la señora de Begy, que tiene siempre muy buen gusto; el
cuerpo de su traje era seguramente dos dedos
bien cumplidos más corto. Mire; haga en seguida
un pliegue con alfileres para ver qué efecto hace.
Entonces se entabló entre la doncella y la seño
ra un diálogo de los más interesantes sobre las
dimensiones precisas que debe tener un cuerpo.
Julia sabía perfectamente que Chaverny nada
odiaba tanto como

oír

hablar

demodas y

que iba

a

ponerlo

en

fuga.

Y

en

efecto,

después

de

cinco
minutos

de

idas y

venidas,

Chaverny,

viendo que

Julia seguía absorta

en

su

discusión,

bostezó

de
un modo formidable,

recogió

su

palmatoria y

se
marchó,

esta vez para

no

volver.

III

El

comandante Perrin

se

hallaba sentado de

lante

de

una mesita y

leía con atención.

Su levi
ta

,

perfectamente cepillada,

su

gorro

de

cuar
tel,

y

sobre todo

la

rigidez inflexible

de

su

pecho,
anunciaban a

un viejo militar.

Todo estaba lim
pio

en

su

cuarto,

pero era

de

lamayor sencillez. Un tintero y

dos plumas,

ya cortadas,

se

halla
ban sobre

la

mesa,

al

lado de un cuaderno de
papel

de

cartas,

del cual no había utilizado una hoja desde hacía un año,

por

lomenos.

Si

el

co
mandante Perrin

no

escribía,

en

cambio leía mu
cho.

Estaba leyendo las “Cartas Persas ”

y

fu

17

mando su pipa de espuma de mar, y estas dos ocupaciones cautivaban de tal manera toda su atención, que no advirtió la entrada en su cuarto del comandante Châteaufort. Era un joven ofi cial de su regimiento, de simpática figura, muy amable, algo fatuo, muy protegido por el minis tro de la Guerra; en una palabra, la antítesis del comandante Perrin. Con todo, eran amigos, no sé por qué, y se veían todos los días. Châteaufort dió un golpe sobre el hombro al comandante Perrin. Este volvió la cabeza sin abandonar su pipa. Su primera expresión fué de contento al ver a su amigo; la segunda de dis gusto, ¡hombre admirable!, porque iba a inte rrumpir su lectura; la tercera indicaba que se sometía a las circunstancias y que iba a hacer lo mejor posible los honores de su habitación. Registraba su bolsillo buscando una llave que abría un armario donde guardaba una preciosa caja de cigarros, que el comandante no fumaba y que iba dando uno a uno a sus amigos; pero Châteaufort, que le había visto cien veces ha cer el mismo ademán, exclamó: —; No se

leste usted, papá Perrin, 'no saque usted sus ci garros: ya tengo! Y después, sacando de un ele gante estuche de paja de Méjico un cigarro co lor de canela, bien afilado por sus dos extremos, lo encendió, se echó sobre un pequeño sofá que el comandante Perrin nunca utilizaba, y
la cabeza sobre una almohada y los pies sobre el respaldo opuesto. Châteaufort comenzó por envol DOBLE ERROR. 2

mo

con

18

verse en una nube de humo, mientras que, con

los ojos cerrados, parecía meditar profundamente lo que tenía que decir. Su rostro estaba radiante de alegría, y parecía guardar con trabajo en su pecho, el secreto de una dicha que ardía en deseos
de dejar traslucir. El comandante Perrin, des
pués de colocar una silla frente al fumó al gún tiempo sin decir nada; después, viendo que Châteaufort no se apresuraba a hablar, le dijo:
- - ¿Cómo sigue Urika?
Se trataba de una yegua negra que Châteaufort había fatigado con exceso y que estaba amenaza da de asma.

- Muy bien, dijo Châteaufort, que no había
escuchado la pregunta. ¡ Perrin!-exclamó, exten diendo hacia él la pierna que descansaba sobre el respaldo

del

sofá-,

;

sabe que

es

para usted

una fortuna tenerme por amigo? El

viejo comandante,

buscaba

en

sí mismo qué
ventajas

le

había procurado

la

amistad

de

Chá
teaufort,

y

no encontraba otra cosa que

el

regalo
de

algunas libras

de

Kanaster,

y

algunos días

de
arresto sufrido por mezclarse

en

un duelo

en

que

Châteaufort representó

unpapel principal.

Su

ami
go

le

daba ciertamente numerosas señales

de

con
fianza.

A

él

se

dirigía siempre Châteaufort,

para
que

le

substituyese cuando estaba

de

servicios
cuando

le

era preciso un auxiliar. Châteaufort,

no

le

mantuvo mucho tiempo en
su

perplejidad y

le

tendió una cartita escrita

en
papel inglés satinado,

con una linda escritura

en

19

letra menuda. El comandante Perrin hizo una mueca que, en él, equivalía a una sonrisa. Ha
bía visto con frecuencia cartas satinadas y cu biertas de letra menuda como ésta, dirigidas a su amigo.
-Tome usted - dijo éste, lea. A mi me debe
usted esto. Perrin leyó lo que sigue:

ron

“ Le agradeceríamos mucho, querido señor, que
" tuviera la amabilidad de venir a comer "nosotros. Mi marido hubiese ido a invitarle, pero
" se ha visto obligado a salir de caza. No conozco
" las señas del comandante Perrin y no le puedo
" escribir para suplicarle que venga con usted.
" Me ha inspirado usted muchos deseos de cono
" cerlo y le estaré doblemente agradecida si vie..
"ne con él.
* JULIA DE CHAVERNY.

" P. S. - Muchas gracias por la música que se
" ha tomado usted el trabajo de copiar para mí..
"Es deliciosa, y tiene usted siempre un gusto ad
" mirable. Ha dejado usted de venir a nuestro
"jueves, y eso que sabe usted todo el gusto que
ntenemos en verle. "

"

- Una bonita escritura, y bien fina - dijo Perrin
al acabar-. Pero, vive Dios!, esa comida me re. vienta; será preciso ponerse medias de seda, y nada de fumar después de la comida.
-

; Vaya una desgracia! ¡�Preferir la mujer más bonita de París a una pipa! Lo que me asombra

20

es la gratitud de usted. No me da las gracias de la felicidad que me debe.
- Dar las gracias! No es a usted a quien debo agradecer esa comida, si es que hay que agra decerla.

- ¿A quién, pues?
-A Chaverny, que ha sido capitán con nos otros. Habrá dicho a su mujer: Invita a Perrin,
es un tipo curioso. ¿ Cómo quiere usted que una
mujer bonita, a quien no he visto más que una vez, piense en invitar a un viejo

...

como

yo

?

Châteaufort sonrió mirándose

en

el

espejo,muy
estrecho,

que decoraba

la

habitación del coman dante.

- No está usted hoy perspicaz,

papá Perrin.
Vuelva usted a

leer esa carta y

encontrará se
guramente algo que

no

ha visto.

El comandante dió vuelta a

la

carta por uno

y

otro lado y

nada vió.

-

Cómo,

viejo dragón!

¿No

ve

usted que ella
le

invita para complacerme,

sólo para probarme que

le

interesan mis amigos

...

que quiere darme la

prueba

...

de

...

?

- ¿De qué?-interrumpió Perrin.
- De

...

usted sabe bien

de

qué.
- ¿De que

le

ama?-preguntó

el

comandante
con aire de duda.
Châteaufort silbó sin responder. -¿Está,

pues,

enamorada

de

usted?
Châteaufort continuaba silbando.
- ¿Se

lo

ha dicho ella a

usted?

21.

- Pero

...

cso está claro,me parece. -¿Cómo?

...

¿En esta carta?
- Evidente.
A

su

vez

se

puso Perrin a

silbar.

Su silbido

fué tan significativo como

el

famoso "

Lillibulero "

demi tío Toby.
- ¿Cómol -

exclamó Châteaufort arrancando

la
carta

demanos

de

Perrin,

¿

no

ve

usted toda
lo

tierno que hay aquí,

sí

,
lo

tierno?

¿Qué tiene
usted que decir a

esto,

“

querido señor "

?

Tenga us
ted

en

cuenta que

en

otra carta me escribía:
“ Señor mío ”

,

sencillamente.

“ Le seré doblemente agradecida ”

;

esto

es

positivo.

Y

note usted que

hay una palabra borrada después,

“ muchos ”

;

ella

quería poner “muchos afectos ”

;

pero

no

se

ha
atrevido;

" muchos recuerdos "

no era bastante

...

No ha terminado

la

carta

...

¡ Oh,

amigo mío!
¿Pretende usted acaso que una mujer

de

bue
na

familia,

la

señora

de

Chaverny,

vaya a

echar
se

al

cuello de un servidor,

como una modis
tilla?
Yo

le

digo a

usted,

que

la

carta

es

deliciosa
y

que

es

preciso ser ciego para

no

ver

la

pasión
en

ella.

Ylas quejas del final,

porque

he

faltado
un solo jueves,

¿qué me dice usted?
- Pobre mujer -exclamó!

el

comandante Pe
rrin--;

no

te

encapriches

de

éste;

ite arrepenti
rás pronto!
Châteaufort no hizo caso de

la

prosopopeya
de

su

amigo,

y

tomando

un

tono

de

voz bajo e
insinuante:

22

- ¿Sabe usted, querido - dijo que puede pres
tarme un gran servicio?
- ¿Cómo?

- Es preciso que me ayude usted en este nego
cio. Sé que su marido está muy mal con ella. Es un bestia, que la hace desdichada

...

Usted

lo
ha conocido,

Perrin;

dígale a

sumujer que

es

un
bruto,

un

hombre que tiene

la

peor reputación.
--Oh!
- Un libertino,

usted

lo

sabe.

Tenía queridas
cuando estaba

en

el

regimiento;

y
iqué queridas!
Digale todo esto a

sumujer.
-Oh!

¿Cómo decir eso?

Entre

el

árbol y

la
corteza

...

-;Dios mío!

Hay modos

de

decirlo todo.

Sobre
todo hable bien de mí.
- Eso ya

esmás fácil.

Sin embargo

...

- No tan fácil,

escuche;

porque

si

yo

le

deja
se

a

usted hablar,

haría tal elogio que mis asun tos no resultarían favorecidos.

Dígale que desde
“ hace algún tiempo ”

nota usted que estoy tris te,

que

no

hablo,

que

no

como

... --No es

nada -exclamó!

Perrin con una sono

ra carcajada que imprimía a

su

pipa los más

ri

dículos movimientos—,

nunca podré decirle eso en

lacara a

la

señora

deChaverny.

Todavía ayer
por

la

noche,

estuvo usted a

punto

de

armar un
escándalo

en

la

comida que los compañeros nos

han dado. --- Bien;

pero

es

inútil contarle eso.

Es con
veniente que sepa que estoy enamorado

de

ella,

23

come

y esos escribidores de novelas nan persuadido a
las mujeres de que un hombre que bebe
no puede estar enamorado.
- En cuanto a mí, nada conozco que me haga dejar de beber o comer.
- Pues bien, querido Perrin - dijo Châteaufort

poniéndose el sombrero y arreglándose el pelo, quedamos convenidos; el jueves próximo vengo a buscarle; izapato bajo y media de seda, eti queta rigurosa! Sobre todo, no olvide echar pes tes del marido y decir mucho bueno de mí.
Salió moviendo su fusta con mucha gentileza
y dejando al comandante Perrin muy preocupado de la invitación que acababa de recibir, y más perplejo aun al pensar en las medias de seda y en el traje de etiqueta.

IV

Varias personas invitadas a la comida de la señora de Chaverny se habían excusado, y esto hizo la comida un poco triste. Châteaufort estaba

al lado de Julia, muy afanoso en servirla, galante y amable como de costumbre. En cuanto a Cha verny, que se había dado un largo paseo a ca ballo, tenía un apetito prodigioso. Su voracidad era capaz de estimular las ganas de los más en

fermos. El comandante Perrin le hacía compañía, escanciándole a menudo y riendo a grandes carca jadas, cuantas veces la soez alegría del anfi trión le daba pie para ello. Chaverny, sintiéndose entre militares, había recobrado en seguida su

24

buen humor y sus modales del regimiento; por lo demás, no había sido nunca de los más delicados

en la elección de sus bromas. Su mujer adoptaba
un aire fríamente desdeñoso a cada calida imper
tinente; en tal circunstancia, se volvía del lado de Châteaufort y entablaba un aparte con él, apa rentando no escuchar una conversación que le des.
agradaba soberanamente.
He aquí una muestra de la urbanidad de este modelo de esposos. Hacia el final de la comida,
habiendo recaído la conversación sobre la Opera,
discutíase el mérito relativo de varias bailarinas, y, entre otras, elogíabase mucho a la ***. Con tal motivo, Châteaufort excedió a los demás en sus elogios, alabando sobre todo su gracia, su aire y sus modales honestos.
Perrin, a quien Châteaufort había conducido & la Opera algunos días antes y sólo esta vez había ido, se acordaba muy bien de la ***,
- ¿Es aquella pequeña, vestida de rosa, que
salta como un cabrito, que tiene las piernas de
que usted habla tanto, Châteaufort?

-Ah! ¿ Hablaba usted de sus piernas?. clamó Chaverny-. Pero no sabe usted que si ha
bla demasiado de ellas, regañará con su general,

el duque de J***! ¡Cuidado, compañero!
-- No le creo van celoso que prohiba mirarlas a
través de unos gemelos.

-Al contrario; está tan orgulloso de ella, como
si las hubiese descubierto. ¿ Qué dice usted, co
mandante Perrin?

ex

25

-

- No soy competente mas que en piernas de
caballo — respondió modestamente el viejo soldado.
- Son verdaderamente admirables — prosiguió
Chaverny-, y no las hay más hermosas en Pa. rís, excepto las

...

Se

detuvo y

se

puso a

retorcers,
el

bigote con aire burlón,

mirando a

sumujer,
que enrojeció hasta los hombros.
- ¿Excepto las

de

la

D***?—interrumpió Châ teaufort,

citando a

otra bailarina.

- No -

respondió Chaverny,

con

el

tono trágico
de Hamlet.

“ Pero mira ami mujer." Julia

se

puso púrpura

de

indignación.

Lanzó a

sumarido una mirada rápida como

el

relámpago,
pero

en

la

que

se

pintaban

el

desprecio y

el

fu
ror.

Después,

esforzándose por contenerse,

se

vol
vió bruscamente hacia Châteaufort.

- Es preciso dijo con voz ligeramente temblo
rosa -

que estudiemos

el

dúo

de

“ Maometto ”

.
Debe
resultar muy bien con

la

voz

de

usted.
Chaverny no cambiaba de tema fácilmente. -Châteaufort,

¿

no

sabe usted que

he

querido

sacar

unmolde

de

las piernas

de

que hablo?

Pero

no han querido permitírmelo.
Châteaufort,

que experimentaba una alegría
muy viva con esta impertinente revelación,

apa
rentó no haber oído y

habló

de

“ Maometto ”

co22
la

señora.

- La persona a

quien aludo -

continuó

el

impla
cable marido - se

escandalizaba de ordinario cuan do

le

hacía justicia

en

este punto;

pero

en

el

fon ·
do

no

le

disgustaba.

¿No sabe usted que

se

hace

26

tomar medida por el que le vende las medias?... No te disgustes, mujer; “la que le vende las me dias”. Cuando estuvo en Bruselas, me llevé tres páginas de letra suya con las más detalladas ins trucciones para compra de medias.

Pero era inútil que hablase; Julia estaba deci dida a no escuchar una palabra. Charlaba con Châ teaufort y le hablaba con una alegría afectada,
y su sonrisa graciosa quería persuadirle de que
sólo a él escuchaba. Châteaufort, por su parte, pa
recía completamente absorto en el “ Maometto ”;
pero no se le escapaba ninguna de las imperti
nências de Chaveny.
Después de la comida se tocó música, y la se ñora de Chaverny cantó al piano con Châteaufort. Chaverny se eclipsó en cuanto se abrió el piano. Llegaron varias visitas; pero esto no impidió que Châteaufort hablase muy a menudo en voz baja con Julia. Al salir declaró a Perrin que no había
perdido la noche, y que sus asuntos iban viento
en popa.
Perrin, encontraba muy sencillo que un marido

hablase de las piernas de su mujer; y cuando se
quedó solo en la calle con Châteaufori, le dijo con
un tono convencido:

-¿Cómo se atreve usted 3 perturbar un ma
trimonio tan bien avenido? ¡ Usted sabe lo que
quiere a su mujer!

27

V

a

Desde hacía un mes, Chaverny, estaba muy pre ocupado con la idea de llegar a ser gentilhombre de cámara.
Parecerá acaso extraño que un hombre gordo, perezoso, amigo de la comodidad, fuese accesible å un pensamiento ambicioso; pero no carecía de buenas razones para justificarlo.
-Ante todo - decía a sus amigos-, yo gasto mucho dinero en palcos, que doy a mujeres. Cuando tenga un cargo en la corte, tendré, sin
que me cueste un céntimo, tantos palcos como
quiera. Y ya se sabe todo lo que se consigue con palcos. Además, me gusta mucho cazar; tendrá
disposición los cazaderos reales. Por último,
ahora que no tengo ya uniforme, no sé cómo ves tirme para ir a los bailes de Madama; no me gus tan los trajes de marqués; un traje de gentilhom bre de cámara me sentará muy bien.
Por consiguiente, se había puesto a solicitarlo. Hubiese querido que su mujer solicitase también; pero ella se había negado con obstinación, por más que tuviesa varias amigas muy influyentes. Por haberle hecho algunos pequeños favores, con fiaba mucho en el crédito del duque de H ***, que era entonces muy bien visto en la corte. Su amigo Chateaufort, que tenía también muy buenos co nocimientos, le servía con un celo y un interés
que encontraréis acaso si estáis casados con una

mujer bonita.

28

a

Una circunstancia favoreció mucho el asunto de Chaverny, aunque pudo tener para él conse cuencias bastante funestas. Su mujer se había pro curado, no sin algún trabajo, un palco de la Ope ra cierto día de primera representación. Este pal co tenía seis asientos. Chaverny, por excepción, y después de vivas instancias, había consentido en acompañarla. Era que Julia quería ofrecer un asiento a Châteaufort y, sintiendo que no podía ir sola con él a la Opera, había obligado a su marido a venir a esta función.
Inmediatamente, después del primer acto, Cha verny salió, dejando a su mujer sola con su ami go. Ambos guardaron al principio silencio con aire un poco cohibido: Julia, porque desde hacía algún tiempo se sentía turbada cuando se hallaba a solas con Châteaufort; éste, porque tenía sus proyectos y había encontrado conveniente apare cer conmovido. Al echar a hurtadillas una ojeada por la sala, vió con placer varios gemelos cono cidos dirigidos hacia su palco. Experimentaba una viva satisfacción en pensar que, varios amigos su yos envidiaban su felicidad y, segúr. toda apa riencia, la suponían más grande de lo que en rea lidad era.
Julia, después de haber olido su pomo y su ra millete varias veces, habló del calor, del espec táculo, de los trajes. Châteaufort escuchaba dis traído, suspiraba, se agitaba en su asiento, miraba

a Julia y volvía:: suspirar. Julia comenzaba a in
quietarse; de repente él exclamó:

29

- ¿Cómo quisiera vivir en los tiempos de la ca
ballería!
- ¡Los tiempos de la caballería! ¿ Por qué? —
preguntó Julia—. ¿ Sin duda porque un traje de
la Edad Media le sentaría a usted bien?

- Muy fatuo me supone usted - dijo él con tono
de amargura y de tristeza—. Me gustan esos tiem pos porque un hombre que tenía corazón podía as. pirar a

... muchas cosas

....

En definitiva

no

se

tra
taba mas que

de

hendir

un

gigante para agradar

a

una dama.Mire usted:

¿

ve

ese gran coloso

en
lagalería?

Yo quisiera que usted me ordenase

ir

apedirle

elbigote,para darme

en

seguida permiso
de decirle a

usted dos palabritas sin que

se

dis
gustase.

—Qué locura -exclamó!

Julia,

ruborizándose
hasta

el

blanco

de

los ojos,

pues adivinaba estas

dos palabritas,

Pero vea usted a

la

señora

de
Sainte -Hermine,

descotada a

su

edad y

con traje
de baile.

-Yo

no

veo mas que una cosa:

que usted

no
quiere escucharme,

y

hace mucho tiempo que

lo
advierto

... Usted

lo

quiere,me callo;

pero...- aña

dió muy bajo y

suspirando -

usted me

ha

com

prendido.
- No,

ciertamente -

dijo Julia con tono seco.
Pero ¿dónde está mi marido? Una visita muy oportuna

lasacó

de

apuro.

Châ
teaufort

no

despegó los labios.

Estaba pálido,

y

parecía profundamente afectado.

Cuando salió

el
visitante,

hizo algunas observaciones indiferentes

30

sobre el espectáculo. Había entre ellos largos in
tervalos de silencio.
Iba a comenzar el segundo acto, cuando se abrió
la puerta del palco y apareció Chaverny, acom
pañando a una mujer muy bonita y muy com puesta, tocada con magníficas plumas rosa. El duque de H *** la seguía.
-Querida amiga - dijo a su mujer-, he encon trado al señor duque y a la señora en un palco
detestable de al lado, desde el cual no pueden ver
se las decoraciones. Se han servido tomar un asiento en el nuestro.

Julia se inclinó fríamente; el duque de H *** le desagradaba. El duque y la dama de las plumas
rosas, se confundían en excusas y temían moles
tarla. Hubo un movimiento y un pugilato de ge
nerosidad para colocarse. Durante el desorden que

se originó, Châteaufort inclinóse al oído de Julia, y le dijo muy bajo y muy de prisa:
- Por amor de Dios, no se coloque usted de lante. Julia se extrañó mucho y permaneció en su puesto. Ya todos sentados, se volvió hacia Châ teaufort, y le pidió con una mirada algo severa explicación de este enigma. Estaba sentado, con
el cuello rígido y los labios apretados, y toda su
actitud, anunciaba que sufría una enorme contra

riedad. Reflexionando, Julia interpretó bastante mal la recomendación de Châteaufort. Pensó que quería hablarle bajo durante la representación y
continuar sus singulares discursos, cosa imposible
si se ponía delante. Al mirar hacia la sala notó

31

que varias mujeres dirigían sus gemelos hacia el palco; pero siempre ocurre lo mismo cuando apa
rece una figura nueva. Hablaban en secreto y son
reían; pero ¿ qué había en ello de particular? iLa Opera es una aldea tan pequeña!
La dama desconocida se inclinó hacia el rami

llete de Julia, y dijo con sonrisa encantadora:
- Tiene usted un magnífico ramillete, señora!
Me parece que ha debido costar mucho en esta estación: por lo menos, diez francos. Pero, ¿ se lo han dado a usted, es un regalo, sin duda? Las damas no compran nunca sus ramilletes.

Julia abría los ojos, y no sabía qué especie de provinciana tenía delante.
- Duque - dijo la dama con aire lánguido—, us
ted no me ha dado un ramillete.
Chaverny se precipitó inmediatamente hacia la puerta. El duque quería detenerlo y la señora también. No tenía ya ganas de ramillete. Julia cambió una mirada con Châteaufort, como que riéndole decir:

- Le doy las gracias, pero es demasiado tarde.
No había, sin embargo, adivinado por completo. Durante toda la representación, la dama de las plumas, tocaba con los dedos con medida falsa Ý
hablaba de música a tontas y a locas. Interroga
ba a Julia sobre el precio de su traje. de sus jo yas, de sus caballo3. Julia no había visto mo
dales semejantes. Dedujo que la desconocida de
bía de ser una parienta del duque, recién llega
da de la baja Bretaña. Cuando volvió Chaverny,

32

con un enorme ramillete, mucho más hermoso que el de su mujer, hubo una gran admiración, con gracias y excusas interminables.
- Señor de Chaverny, yo no soy ingrata - dijo
la supuesta provinciana, después de una larga re tahila—; para probárselo, “ hágame usted pensar
en prometerle alguna cosa ”, como dice Potier. De
verdad, le bordaré una bolsa cuando acabe la que
he prometido al duque.
Por fin terminó la ópera, con gran satisfacción

de Julia, que se sentía violenta al lado de su sin gular vecina. El dúque le ofreció el brazo; Cha verny tomó el de la otra dama. Châteaufort, con

aire sombrío y contrariado, seguía detrás de Ju
lia, saludando cohibido a las personas conocidas
que encontraba en la escalera.
Algunas mujeres pasaron al lado de ellos. Ju lia las conocía de vista. Un joven les habló bajo
con risa burlona; en seguida miraron, con aire de
curiosidad muy viva, a Chaverny y a su mujer, y una de ellas exclamó:

- ¿Es posible?
Apareció el coche del duque; éste saludó a la señora de Chaverny, repitiéndole las gracias por
sus atenciones. Mientras tanto, Chaverny quería
acompañar hasta el coche a la dama desconocida, y Julia y Châteaufort se quedaron solos un mo
mento.

-¿Quién es esta mujer?—preguntó Julia.
- No debo decírselo

...

,

porque

la

cosa resulta
un poco extraordinaria!

33

- ¿Cómo?
- Por lo demás, todas las personas que la co
ñocen a usted sabrán a qué atenerse. ¡ Pero Cha
verny!...

No

lo

hubiera creído.
-- Pero,

bueno,

¿qué

es

ello?

¡ Hable usted,

por
favor!

¿Quién

es

esa mujer?
Chaverny volvía.

Châteaufort respondió

en

voz

baja:

- La querida el duque

de

H***,

la

señora Me
Tania R***.

-;Dios mío!-exclamó Julia,

mirando a

Chi
teaufort con aire estupefacto— Es imposible! Châteaufort

se

encogió

de

hombros,

y,

al mis
mo

tiempo que

laacompañaba

al

coche,añadió:
- Eso

es

lo

que decían esas señoras que hemos encontrado

en

la

escalera.

En cuanto a

la

otra,

es
una persona aceptable dentro

de

su

género.

Exi
ge

cuidados,

miramientos

...

Hasta tiene

unma
rido.

-Querida -

dijo Chaverny con tono alegre,

tú
nome necesitas para volver a

casa.Buenas no
ches.

Voy a

cenar

en

casa del duque.
Julia

no

respondió nada.
- Châteaufort -

prosiguió Chaverny,

¿quiere
usted venir conmigo acasa del duque?

Está us
ted invitado,

acaba

ledecírmelo.

Se

ha fijado

en
usted,

y

le

es

usted simpático,

buena persona.
Châteaufort dió las gracias fríamente,

y

saludo

à

la

señora

de

Chaverny,

que mordía

el

pañue
lo

con rabia cuando partió su coche.
-- Bien,

querido dijo Chaverny-,

al menos me
DOBLE ERROR.

3

34

llevará usted en su “ cabriolet ” hasta la puerta de
esta infanta.

-Con mucho gusto - respondió alegremente Châteaufort-; pero, a propósito, į sabe usted que
su mujer ha comprendido al fin al lado de quien
estaba?

- Imposible.
- Esté usted seguro; y por parte de usted, no
estaba eso bien.
- Bah! Ella ha cstado muy bien, y además no
se la conoce todavía demasiado. El duque la lleva
a todas partes.

VI

Julia pasó una noche muy agitada. La conducta
de su marido en la Opera, colmaba todas sus cul
pas y parecía exigirle una reparación inmediata.
Al día siguiente tendría una explicación con él y
le expresaría su propósito de no seguir viviendo
bajo el mismo techo con un hombre que la había
comprometido de una manera tan cruel. Pero esta
explicación le aterraba. Nunca había tenido una conversación seria con su marido. Hasta entonces había expresado sus disgustos sólo poniendo mala
cara, sin que Chaverny le diese la menor impor
tancia, pues como dejaba a si mujer en completa libertad, nunca se le hubiese ocurrido creer que
su mujer pudiese negarle una indulgencia que, en
caso necesario, estaba dispuesto a concederle.
Temía, sobre todo, llorar en medio de esta expli cación, y que Chaverny atribuyese estas lágrimas

35

al amor herido. Y entonces sentía vivamente la
ausencia de su madre, que hubiera podido darle
un buen consejo o encargarse de pronunciar la
sentencia de separación. Todas estas reflexiones
la sumieron en una gran incertidumbre, y cuando se durmió, había tomado la resolución de consultar
a una de sus amigas, que la había conocido sien
do ella muy joven, y confiarse a su prudencia para la conducta que debía seguir con Chaverny. Mientras se abandonaba a su indignación, no
había podido menos de hacer involuntariamente un
paralelo entre su marido y Châteaufort. La enor
me inconveniencia del primero, hacía resaltar la

delicadeza del segundo, y reconocía con cierto pla cer

,

pero

no

sin reprochárselo,

que

el

amante

se
había cuidado más

de

su

reputación que

el mari
do.Esta comparación moral,

laarrastraba sin que

rer a

observar

la

elegancia

de

modales

de

Châ
teaufort y

el

aspecto medianamente distinguido

de
Chaverny.

Veía a

su

marido,

con

su

vientre un
poco prominente,

deshaciéndose en cumplidos pe

sados con

la

querida del duque

de

H***,mientras
Châteaufort,más respetuoso aún que

de

ordina
rio

,

parecía procurar retener

en

torno

de

ella,

la
consideración que

sumarido podía hacerle perder.
En

fin

,

como sin querer nuestros pensamientos
nos arrastran lejos,

imaginóse más

deuna vez que
podía quedarse viuda,

y

que entonces,

joven y

rica,

nada

se

opondría a

que coronase legítima
mente

el

amor constante del joven jefe de escua

drón.

Un ensayo desdichado

no

significaba nada

3€

contra el matrimonio, y si el afecto de Château
fort era verdadero

...

Pero entonces ahuyentaba

es
tos pensamientos,

que

lahacían ruborizarse,

y

se
proponía ser más reservada que nunca

en

sus

re
?aciones con

él

.

Se

despertó con mucho dolor

de

cabeza y

más

lejana aún,

que

lavíspera,

de

una explicación deci siva.No quiso bajar aalmorzar,

temerosa

de

en
contrarse con

sumarido;mandó que

lellevasen

te

a

su

cuarto y

pidió

el

coche para

ir

a

casa

de

la
señora Lambert,

la

amiga a

quien quería consul tar.Esta dama

se

encontraba entonces

en

el

cam
po en

P.
Mientras almorzaba abrió un periódico.

El

pri
mer artículo que apareció a

su

vista decía así:

"

El

Sr. Darcy,

primer secretario

de

la

Embajada
de

Francia,

en

Constantinopla,

hallegado ante
ayer a

París con despachos.

Este joven diploma
tico ha tenido,

inmediatanente después

de

su

lle
gada,

una larga.

conferencia con

el ministro de
Negocios Extranjeros.

'

'

-;Darcy

en

París —exclamó-!

.
Me gustaría

verlo.

¿

Se

habrá puesto muy estirado?

¡ Este

jo
ven diplomático!

¡ Darcy,

joven diplomático!
Y

no

pudo meros

de

zeirse sólo

de

estas pala
bras:

"

Joven diplomático ".
Este Darcy acudía

en

otro tiempo con mucha aşiduidad a

las reuniones

de

la

señora

de

Lussan;

entonces era agregado

al ministerio

deNegocios
Extranjeros.Había abandonado París poco tiempo
antes del matrimonio

de

Julia,

y

después no

le

37

había vuelto a ver. Sabía sólo que había viajado mucho y que había obtenido rápidos ascensos. Tenía aún el periódico en la mano cuando entró su marido. Parecía de muy buen humor. A su apa rición, ella se levantó para salir; mas como hu biese sido preciso pasar muy cerca de él parà en trar en su to or, permaneció de pie en el mis mo sitio, pero tan agitada, que su mano, apoyada
en la mesa de te, hacía temblar distintamente el
servicio de porcelana.
-Querida - dijo Chaverny, vengo a despedir.

me por algunos días. Voy a cazar a las posesiones del

duque

de

H***.

Tengo que decirte que está
encantado

de

tu

amabilidad

de

ayer noche.

Mi
asunto marcha bien,

yme ha prometido recomen darme

al

rey con

elmayor interés.
Mientras

le

escuchaba,

Julia palidecía y

se

ru
borizaba alternativamente.

- El duque

de

H***

te

debe eso

...

ymucho más

-dijo con voz temblorosa–.

No puede hacer me
nos por uno,

que compromete a

sumujer del modo
más escandaloso con las queridas

de

su

protector.
Después,

haciendo esfuerzo desesperado, atravesó

la

habitación con paso majestuoso y

en
tró

en

su

tocador,

cuya puerta cerró con violencia. Chaverny

se

quedó un momento con

la

cabeza

baja y

el

aire confuso.

- ¿De dónde diablo sabe ella esto?-pensó—,
¿Qué importa,

después

de

todo?

Lo

hecho,

hecho.
Ycomo

no

era costumbre suya detenerse mucho tiempo

en

una idea desagradable,

hizo una pirue

un

3S

ta, cogió un pedazo de azúcar del azucarero y gri
tó con la boca llena a la doncella, que entraba:

- Diga a mi mujer que pasaré tres o cuatro días con el duque H *** y que le mandaré caza.
Salió, no pensando más que en los faisanes y
los ciervos que iba a matar.

VII

Julia partió para P

...

,

sintiendo redoblada cólera contra

sumarido;

pero esta vez cra por un moti vo

bastante ligero.Había cogido para

ir

al

casti
llo

del duque H***

la

carretela nueva,

dejando a
sumujer otro coche que,

según

el

cochero,

estaba
necesitado

de

reparacion 3.
Durante

el

camino,

Julia,

se

aprestaba para con tar

su

aventura a

la

señora Lambert.

Apesar

de
su

disgusto,

no era insensible a

la

satisfacción
que

da

a

todo narrador una historia bien contada,

y

se

preparaba a

su

relato,

buscando exordios y
comenzando

ya

de

una manera,

ya

de

otra.

Al
cabo

de

estos ejercicios,

vino a

resultar que vió
las enormidades

de

sumarido

en

todos sus aspec
tos y

que

su

resentimiento

se

acrecentó propor cionalmente.
Como todos saben,

hay inás

de

cuatro leguas

de
París a

P

...

,

y

por larga que fuese

la

requisitoria
de

la

señora

de

Chaverny,

concíbese que

es

impo
sible,

aun

al

odio más envenenado,

dar vueltas a
lamisma idea durante cuatro leguas seguidas.

A
los sentimientos violentros que

le

inspiraban los

39

agrarios de su marido, venían a juntarse recuer dos dulces y melancólicos, por esa extraña facul tad del pensamiento humano, que asocia a menu do una imagen sonriente a una sensación penosa. El aire puro y vivo, el sol espléndido, los ros tros tranquilos de los transeuntes, contribuían
también a sacarle de sus reflexiones rencorosas.
Recordó las escenas de su infancia y los días en
que iba a pasearse por el campo con amiguitas de su edad. Veía de nuevo a sus compañeras del con vento; asistía a sus juegos, a sus comidas. Se ex plicaba las confidencias misteriosas que había sor prendido a las mayores, y no podía menos de son reir, pensando en los cien pequeños detalles, que
revelan tan pronto el instinto de coquetería en las
mujeres.
Después se representaba su entrada en socie dad. Bailaba de nuevo en los bailes más brillantes que había visto en el año que siguió a su salida del convento. Los otros bailes los había olvidado;

pronto se siente hastío; pero estos bailes le traje ron a la memoria a su marido.
- Qué loca estaba!-se dijo—. ¿ Cómo no me di cuenta, a primera vista, de que sería desdicha da con él?
Todos los absurdos, todas las tonterías de novio

que el pobre Chaverny le dirigía con tanto aplo mo un mes antes de la boda, todo esto se hallaba anotado, registrado cuidadosamente en su memo ria. Al mismo tiempo, no podía menos de pensar en los numerosos admiradores que su boda había

40

- reducido a la desesperación, y que no habían por eso dejado de casarse o consolarse de otro modo, pocos meses después.
-¿Habría sido feliz con otro? -se preguntó.
A

...

es

francamente un tonto;

pero

no

es

ofensivo,
yAmelia

lo

gobierna a

su

antojo.

Siempre

se

pue
de

vivir con un marido que obedece.

B

...

tiene que
ridas,

y

sumujer

estan bondadosa que

se

aflige.
Pero

no

tiene más que miramientos para ella,

y

...
es

lo

único que

yo

pediría

El

joven conde C

...

,

que

siempre está leyendo libelos políticos y

que

se
prepara con tanto afán para ser un día un buen diputado,

¿acaso resultar'a un buen marido?

Sí

;

pero todos estos individ.

!
os

son fastidiosos,

feos,
tontos

...

Pasando así revista a

todos los jóvenes que ha bía conocido

de

soltera,

presentóse por segunda

vez a

sumemoria

el

nombre

de

Darcy.
Darcy era

en

otro tiempo,

dentro

de

la

sociedad

de

la

señora

de

Lussan,

un

personaje sin trascen dencia;

es

decir,

se

sabía

...

,

las mamás sabían,

que
su

fortuna no

le

permitía pensar

en

sus hijas.
Para ellas,

nada había

en

el

que pudiese trastor
nar las jóvenes cabecita s

.
Por

lo

demás,

tenía re
putación

de

hombre galante.

Algo misántropo y cáustico,

se

complacía mucho,

si

se

hallaba solo
en medio

de

un círculo

demuchachas,

en burlarse
de

las ridiculeces y

pretensiones

de

los demás jó
venes.

Cuando hablaba bajo con alguna señorita, las madres

no

se

alarınaban,

porque sus hijas
reían acarcajadas,

y

las madres

de

las que tenían

41

hermosa dentadura llegaban hasta decir que Dar cy era muy amable.
La conformidad de gustos y el temor recíproco de su ingenio maldiciente habían aproximado a Julia y Darcy. Después de algunas escaramuzas,
habían establecido un tratado de paz, una alianza
ofensiva y defensiva; se respetaban mutuamente y estaban siempre unidos para compartir el pelle jo de sus amistades.

Una noche, suplicaron a Julia que cantase no sé qué trozo. Ella tenía una hermosa voz y lo sabía. Al acercarse al piano miró, antes de cantar, a las mujeres con aire un poco orgulloso, como si qui siera desafiarlas. Pero aconteció que precisamente aquella noche, for indisposición o por desdichada fatalidad, estaba privada de casi odos sus recur sos. La primera nota que salió de aquella gar ganta, ordinariamente tan melodiosa, resultó de

cididamente falsa. Julia se azoró, no cantó nada a derechas y equivocó todos los matices. Toda

confusa, pronta a romper a llorar, la pobre Ju
lia abandonó e: piano, y al volver a su sitio, no pudo menos de mirar la alegría maligna que di simulaban mal sus compañeras, viendo humillado su orgullo. Los hombres mismos parecían contener con trabajo una sonrisa burlona. Bajó los ojos de vergüenza y cólera, y estuvo algún tiempo sin osar levantarlos. Cuando alzó la cabeza, el primer rostro amigo con que tropezó fué el de Darcy. Es taba pálido, y en sus ojos brillaban lágrimas. Pa recía más conmovido de su fracaso que ella misma.

42

- Me quiere!

- pens; —. ¡Me quiere de verdad!
Por la noche no pudo pegar los cjos, y el rostro triste de Darcy, aparecía siempre a su vista. Du rante dos días no pensó más que en él en la pa sión secreta que debía alimentar por ella. La no vela iba avanzando, cuando la señora de Lussan

encontró una tarjeta de Darcy con estas dos le
tras: S. D.

- ¿Adónde se va el señor Darcy? -- preguntó
Julia a un joven que le conocía.
-¿Adónde? ¿ No lo sabe usted? A Constanti nopla; sale esta noche en la diligencia.
- ¡No me quiere!

- pensó ella.
Ocho días después, Darcy había sido olvidado. Por su parte, Darcy, que era entonces bastante sentimental, estuvo ocho meses sin olvidar a Ju lia. Para disculpar a ésta, es preciso considerar que Darcy vivía en medio de los bárbaros, mien tras que Julia estaba en París, rodeada de home najes y distracciones.
De cualquier modo, seis o siete años después de su separación, Julia en su coche, por el camino de P

...

,

recordaba

la

expresión melancólica

de
Darcy

el

día

en

que cantó tan mal,

y,

si

hay que
confesarlo,

pensó

en

el

amor probable que

él

en
tonces sentía por ella,

y

acaso también

en

los sen

timientos que podría conservar todavía.

Todo esto
le

preocupó con bastante viveza durante media legua.

Después,

fué Darcy olvidado por terce
ra vez.

43

VIII

No poco contrariada se sintió Julia cuando, al entrar en P

...

,

vió

en

el

patio

de

laseñora

de

Lam

bert un coche cuyos caballos desenganchaban,

lo

cual anunciaba una visita que debía prolongarse. Imposible,

por consiguiente,

entablar

la

discusión
de

sus quejas contra Chaverny.
La señora Lambert,

cuando Julia entró

en

el
salón,

estaba con una mujer a

quien Julia había
visto

en

sociedad;

pero a

la

cual apenas

de

nom

bre conocía.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobre

sí
misma,

para ocultar

la

expresión del disgusto que experimentaba por haber hecho

en

balde

el

viaje
a

P

...

- ¡Ah,

buenos días,

querida!-exclamó

laseñora
Lambert,

besándola—;

cuánto me alegro

de

ver
que

nome

ha

olvidado usted.No

ha

podido usted
' venir

enmejor ocasión,

pues espero hoy

no

sé
cuánta gente que

la

quiere a

usted con locura.

Julia respondió,

con aire un poco cohibido,

que
había pensado encontrar sola a

laseñora Lambert.
- Se van a

alegrar mucho

de

verla -

prosiguió
la

señora Lambert.

Está tan triste mi casa des
de

el matrimonio

demi hija,

que siento una gran satisfacción cuando mis amigos tienen

la

aten
ción

de

venir a

verme.

Pero,

hija mía,

¿qué ha
hecho usted

de

sus hermosos colores?

Se

encuen

tra usted muy pálida hoy.
Julia inventó una pequeña mentira:

lo

largo del
camino

...

,

el

polvo

...

,

el

sol

...

44

- Precisamente vendrá hoy a comer con nos
otros uno de sus adoradores, a quien voy a dar
una agradable sorpresa: el señor de Châteaufort,
y, probablemente, su fiel Acates, el comandante Perrin.

- He tenido el gusto de recibir últimamente al
comandante Perrin - dijo Julia, ruborizándose un poco, pues estaba pensando en Châteaufort. —También vendrá el señor de Saint- Leger. Le obligaremos a que organice una velada de pro
verbios para el mes próximo, y usted tendrá en
ella un papel, querida; hace dos años era usted
personaje principal para los proverbios.
- Dios mío, señora; hace tanto tiempo que no
he jugado a proverbios, que no me sentiría tan segura como en otro tiempo, y tendría que acu dir al "Oigo a alguien ".

-Ah, Julia, hija mía! Adivine usted a quién esperamos además. Pero éste, querida, es preci
so tener memoria para recordar su nombre.

El nombre de Darcy, se presentó inmediatamen te a Julia.
- Me obsesiona verdaderamente, pensó—. ¿ Me
moria, señora?

...

Yo

la

tengo buena.
— Pero

yo

digo una memoria

de

seis o

siete
años.

¿Recuerda usted a

uno

de

sus amigos más
atentos cuando era usted muchachita y

llevaba
trenza?
-Verdaderamente no adivino.

— Qué horror,

querida!

Olvidar así a

un

hom

bre tan simpático,

que entonces,

si

nome enga

43

ño, le agradaba tanto, que casi su madre de us
ted se alarmaba. Vimos, amiga mía, puesto que
así olvida usted a sus adoradores, habrá que re cordarle sus nombres: es Darcy a quien va usted

à ver. ---

¿Darcy?
-Sí;

ha

vuelto

al

fin

de

Constantinopla hace
sólo algunos días.Ha venido a

verme anteayer,

y

le

he invitado.

¿Sabe usted,

ingrata,

que me ha
preguntado por usted con

un

interés muy signi
ficativo?

-¿Darcy?-dijo Julia dudando y

con distrac
ción afectada.

; Darcy?

¿

Es

un

joven alto,

ru
bio

...

,

que

es

secretario

de

embajada?

-

Oh,

querida!

No

le

reconocerá usted;

ha
cambiado mucho;

está pálido,

o más lien

de

color
oliváceo,

con los ojos hundidos;

ha

perdido mucho
pelo a

causa del calor,

según dice.

Si

esto conti
núa,

dentro

de

dos o

tres años estará calvo por delante.

Y,

sin embargo,

no

tiene todavía trein
ta años.

Aquí,

ladama que escuchaba

el

relato

de

la

des

gracia

deDarcy,

acononsejó

el

uso del Kalydor,

que

lehabía sentado muy bien después

de

una enfer
medad que

lehizo rder mucho pelo.

Y

se

pa
saba,

al

hablar,

los dedos por los numerosos

bu
cles de un hermoso castaño claro.

- ¿Ha permanecido Darcy todo este tiempo

en

Constantinopla?-preguntó Julia.
- No por completo,

pues

ha

viajado mucho:
ha estado

en

Rusia,

y

después

ha

recorrido toda

46

Grecia. ¿ No sabe usted su suerte? Ha muerto su tío y le ha dejado una hermosa fortuna. Ha es tado también en el Asia Menor, en la

...

¿

cómo
dice?

...

la

Caramania.

Está delicioso.

Tiene his
torias muy pintorescas,

que

la

divertirán a

usted
mucho.

Ayer me ha contado algunas tan bonitas, que

le

decía a

cada paso:

" Pero guardelas usted
para mañana;

se

las dirá usted a

esas damas,

en

lugar

de

perderlas con una vieja como

yo.

"

- ¿Le ha contado a

usted

la

historia

de

lamu
jer turca que salvó?--

preguntó

la

señora Du
manoir,

la

encomiadora del Kalydor.
— ¿La mujer turca que salvó?

¿Ha salvado a

una mujer turca?

No me ha dicho una palabra.
- ¡Cómo!

Si

es

una acción admirable,

una ver
dadera novela.

-Oh!

Cuéntenos usted eso,

haga

el

favor.
— No,

no

;

pregúntenselo a

él mismo.Yo sólo

sé
la

historia por mi hermana,

cuyo marido,

como

usted sabe,

ha

sido cónsul

en

Esmirna.

Pero ella
se

la

había oído a

un inglés,

testigo

de

toda

la
aventura.
- Cuéntenos usted esa historia,

señora.

¿Cómo
quiere usted que podamos esperar hasta

la

co
mida?

No hay nada tan desesperante como oír hablar

de

una historia que

no

se

sabe.

-Voy a

estropearsela a

ustedes;

pero,

en

fin

,

esta

es,

tal como me

lahan contado.El señor Dar
cy

se

hallaba

en

Turquía examinando

no

sé

qué
ruinas a

orillas del mar,

cuando vió venir hacia él

una procesión muy lúgubre.

Eran unos mudos

47

que llevaban un saco, y este saco se agitaba como si dentro hubiese alguna cosa viva.

-Ah, Dios mío!-- exclamó la señora Lambert, que había leído "El Giaur ” —. Era una mujer que
iban a echar al mar.

-Justamente - prosiguió la señora Dumanoir, un poco picada de verse quitar así el rasgo más
dramático de su cuento-. El señor Darcy mira
al saco, oye un gemido sordo y adivina en se guida la horrible verdad. Pregunta a los mudos lo que van a hacer; por toda respuesta, los mu
dos sacan sus puñalez. Por fortuna, el señor Dar
cy estaba muy bien armado. Pone en fuga a los esclavos, y saca, en

fin

,

del maldito saco a

una

mujer

de

encantadora belleza,medio desvanecida,
y

la

lleva a

la

ciudad,

donde

la

deja

en

una casa
segura.

- ¡Pobre mujer!-dijo Julia,

que comenzaba a
interesarse por

lahistoria.

- ¿La cree usted salvada?

De ningún modo. El

marido,

celoso,

porque era

un

marido,

amo

tinó a

todo

el

populacho,

que

se

dirigió con an
torchas a

casa del señor Darcy,

con intención

de
quemarlo vivo.

No

sé

bien

el

fin

de

este asunto;
lo

único que

sé,

es

que ha sostenido

un

sitio y
acabado por poner

la

mujer

en

seguridad.

Pa

rece,

además añadió

la

señora Dumanoir,

cam

biando repentinamente

de

expresión ytomando

un

"

tono

de

nariz muy devoto ”

-

,

que

el

señor Dar
cy

tuvo cuidado

de

que

la

convirtiesen,

y

que ha
sido bautizada.

48

— ¿Y se ha casado con ella Darcy? —pregunto
Julia sonriendo.
- Eso no puedo decírselo. Pero la mujer turca

...

tenía

unnombre singular:

se

llamaba Eminé.

Sen
tía una pasión violenta por

el

señor Darcy.

Mi
hermana me decía que

le

llamaba siempre “

Sô
tir

”

...

“ Sôtir ”

,

que quiere decir “mi salvador "

en
turco y

en

griego.Eulalia me

ha

dicho que era una
de

las mujeres más guapas que

se

pueden ver. --

; Le pincharemos con eso

de

la

turca -ex!
clamó

la

señora Lambert -

¿No

es

eso,

señoras?

Hay que atormentarle

un

poco.

Por

lo

demás,

ese

rasgo

de

Darcy

no

me sorprende nada;es uno
de

los hombres más generosos que conozco,

y

sé
algunas acciones suyas,

que hacen llorar siempre
que las cuenta.

Su tío ha muerto dejando una hija natural,

que

no

había nunca reconocido.

Como

no

hizo testamento,

no

tenía ella ningún derecho
a

su

herencia.

Darcy,

que era

el

único heredero,

he

querido que tuviese una parte,

y

probable
mente esta parte

ha

sido mucho mayor

de

lo

que

su

padre mismo

le

hubiese destinado.

- ¿Era bonita esta hija natural?

- preguntó

la
señora

de

Chaverny,

con cierto aire maligno,

pues
comenzaba a

sentir

la

necesidad de hablar mal
de

aquel Darcy que

no

podía ahuyentar de

su
pensamiento.

-Ah,

querida!

¿Cómo puede usted suponer? Pero,

además,

Darcy estaba todavía

en

Constan
tinopla cuando murió

su

tío,

y

probablemente

no
ha visto a

esa criatura.

49

La llegada de Châteaufort, del comandante Pe
rrin y de algunas otras personas puso fin a esta

conversación. Châteaufort se sentó al lado de Ju
lia, y aprovechando un momento en que habla ban muy alto:

- Parece usted triste, señora - le dijo—; me consideraría muy desgraciado si la causa fuera lo que ayer le dije.
Julia no había escuchado, o más bien, no había querido escuchar. Châteaufort sintió, pues, la mor tificación de repetir su frase, y la mayor aún de una respuesta un poco seca, después de la cual Julia se mezcló en seguida en la conversación ge
neral; y, cambiando de sitio, se alejó de su des
graciado admirador.
Châteaufort, sin desalentarse, derrochaba in útilmente sus ingeniosidades. La señora de Cha verny, a quien sólo quería agradar, le escuchaba distraída; pensaba en la próxima llegada de Dar
cy, aunque preguntándose por qué se preocupaba
tanto de un hombre que ella debía haber olvida
do, y que probablemente la había también olvi
dado a ella desde hacía mucho tiempo.
Al fin escuchóse el ruido de un coche; la puerta del salón se abrió.

- ¡Ah! ¡Ya está aquí!—exclamó la señora Lam bert.

Julia no osó volver la cabeza; pero se quedó intensamente pálida. Experimentó una viva y sú bita sensación de frío, y tuvo necesidad de re unir todas sus fuerzas para rehacerse e impedir

DOBLE ERROR.

4

50

que Châteaufort reconociese el cambio de su fiso nomía.

Darcy besó la mano de la señora Lambert, y, después de hablarle en pie algún tiempo, se sen
tó a su lado. Entonces se produjo un gran silen
cio. La señora Lambert parecía esperar y prepa
rar un reconocimiento. Châteaufort y los hombres,
a excepción del buen comandante Perrin, obser
vaban a Darcy con curiosidad algo celosa. Llega
do de Constantinopla, tenía una gran superiori
dad sobre ellos, y esto era motivo suficiente para
que adoptasen ese aire de rigidez acompasada que
se toma con los extranjeros. Darcy, que no se ha
bía fijado en nadie, fué el primero en romper el silencio. Habló del tiempo y del camino, de cual quier cosa; su voz era dulce y musical. La seño
ra de Chaverny se atrevió a mirarle; lo vió de
perfil. Le pareció enflaquecido, y su expresión ha bía cambiado

...

En resumen,

lo

encontró bien.

-Querido Darcy -

dijo

la

señora Lambert-; mire usted alrededor,

y

vea

si

encuentra por ahí alguna

de

sus antiguas amistades.
Darcy volvió

la

cabeza,

y

vió a

Julia,

qué has
ta

entonces

se

había ocultado bajo

su

sombrero.

Levantóse precipitadamente con una exclamaciós de

sorpresa,

y

se

adelantó hasta ella,

tendiéndole
lamano;

después,

deteniéndose

de

repente y

como

arrepintiéndose

de

su

familiaridad,

saludó a

Julia
muy profundamente,

y

le

expresó

en

términos
muy "correctos ”

todo

el

gusto que tenía

en

vol
verla a

ver.

Julia balbució algunas palabras cor

51

teses, y enrojeció viendo a Darcy parado ante ella y mirándola fijamente.
Pronto recobró su aplomo, y le miró a su vez
con esa mirada distraída y observadora a un tiem
po que las gentes de mundo toman cuando quie ren. Era un joven alto, pálido, cuyas facciones expresaban serenidad; pero una serenidad, que pa recía provenir menos de un estado habitual del alma, que del imperio que ésta parecía haber lle gado a adquirir sobre la expresión de la fisono
mía. Arrugas ya marcadas surcaban su frente.
Sus ojos estaban hundidos, la comisura de los la
bios se marcaba hacia abajo, y las sienes comen
zaban a despoblarse. No tenía, sin embargo, más
de treinta años. Iba vestido con mucha sencillez; pero con esa elegancia que indica el hábito de la
buena sociedad, y la indiferencia respecto a un

asunto que absorbe las meditaciones de tantos jó
venes. Julia hizo todas estas observaciones con gus to. Notó, además, que tenía en la frente una ci
catriz bastante larga, que ocultaba mal con un
mechón de pelo y que parecía hecha de un sa
blazo.

Julia estaba sentada al lado de la señora Lam bert. Entre ella y Châteaufort había una silla; pero
apenas levantado Darcy, Châteaufort había pues
to su mano en el respaldo de la silla, la había
colocado sobre un solo pie y la tenía en equilibrio. Era evidente que pretendía guardarla como el pe rro del hortelano. La señora Lambert se compa deció de Darcy, que continuaba en pie delante de

52

Julia. Hizo sitio a su lado en el sofá donde esta ba sentada, y se lo ofreció a Darcy, que se en contro de esta manera al lado de Julia, y él apro vechó esta posición ventajosa, entablando con ella una conversación tirada.
Tuvo, sin embargo, que sufrir de la señora de Lambert y de algunas otras personas, un interro gatorio en regla sobre sus viajes; pero, desemba razándose con bastante laconismo, aprovechaba todas las ocasiones para continuar con Julia su especie de aparte.
-Tome usted el brazo de la señora de Chaver ny - dijo la señora de Lambert a Darcy cuando la campana del castillo anunció la comida. Châteaufort se mordió los labios; pero encon tró modo de colocarse en la mesa bastante cerca de Julia para observarla bien.

TX

Después de la comida, como hacía una tarde hermosa y el tiempo era caluroso, se reunieron en

el jardín, alrededor de una mesa rústica, para to
mar café.
Châteaufort había notado con despecho crecien te las atenciones de Darcy para la señora de Cha verny. Según iba observando el interés que ella parecía tener en la conversación del recién llega do, era menos amable, y los celos no producían otro efecto que quitarle sus medios de agradar. Se pa seaba sobre la terraza donde estaban sentados, y,

53

según costumbre de las personas inquietas, no po
día permanecer en un sitio, mirando a menudo las
gruesas nubes negras que se formaban en el ho
rizonte y anunciaban una tempestad, y con más frecuencia a su rival, que hablaba en voz baja con Julia. Tan pronto la veía sonreir, tan pronto se ponía seria o bajaba tímidamente la vista; en

fin

,

veía que Darcy

no

podía decirle una palabra que
no

produjese un efecto marcado;

y

lo

que más

le
fastidiaba

es

que las varias expresiones que las facciones

de

Julia tomaban,

no

parecían ser más
que

la

imagen y

como

el

reflejo

de

lamóvil fiso
nomía

deDarcy.No pudiendo

al

cabo resistir esta especie

de

suplicio,

se

acercó a

ella,

e

inclinándose
sobre

el

respaldo

de

su

silla,mientras Darcy daba

a

alguien noticia sobre

la

barba del sultán
Mahmud:

-Señora -le

dijo con acento amargo—,

el

se
ñor Darcy parece ser un hombre muy amable.
- ¡Oh,

sí

!-respondió

la

señora de Chaverny
con expresión entusiasta,

que

no

pudo reprimir.
-Ya

se

ve

—

continuó Chateaufort-,

pues

le
hace olvidar a

sus artiguos amigos.

-;Mis antiguos amigos!-dijo Julia con acento
un poco severo—.No

sé

lo

que quiere usted decir.
Y

le

volvió

la

espalda.

Después,

tomando una

punta del pañuelo que

la

señora Lambert tenía
en la mano:
- ¿De qué buen gusto

es

el

bordado

de

este

pa

ñuelo!-dijo “

.

Es una labor maravillosa.

- ¿Le gusta a

vsted,

querida?

Es

un

regalo

de

54

-

Darcy, que me ha traído no sé cuántos pañuelos

bordados de Constantinopla. A propósito, į es su
turca la que los ha bordado?
- Mi turca! ¿ Qué turca?

- Sí, esa bella sultana a quien ha salvado usted
la vida, que le llamaba

...

¡ Oh

!,

lo

sabemos todo

...

Que

le

llamaba

...

su

...

salvador,

en

fin

.

Usted sa
brá cómo se dice en turco. -¿Es posible -

exclamó

él —

que

la

fama

demi
desdichada aventura haya llegado

ya

a

París?
- Pero

si

no

es

una aventura desdichada,

como

no

sea acaso para

el

Mammuchi,

que perdió

su
favorita.

-Ay!-respondió Darcy-,

veo bien que usted
sólo sabe

la

mitad

de

la

historia,

pues

es

una

aventura tan triste para

mí

,

como

lo

fué para Don
Quijote

la

de

los molinos

de

viento.

Después

de
haber dado tanto que reir a

los francos,

¿tengo
aún que sufrir las burlas

de

París por

la

única
acción

de

caballero andante que

he

cometido?

-

Cómo!

No sabemos nada.

¡ Cuéntenoslo us ted!-exclamaron todas las damas

al

unísono.
- Debería -

dijo Darcy -

dejarles con

el

relato
que ya conocen ustedes y

reservarme

la

continua
ción,

cuyo recuerdo

no

tiene nada

de

agradable
para mí;

pero un amigo mío -le

pido a

usted per
miso para presentárselo,

señora Lambert-,

sir

John Tyrrel,

un amigo mío,

actor también en esta

escena trágico -cómica,

vendrá pronto a

París,

y
acaso

se

diese

el

gusto

de

otorgarme

en

su

re

lato un papel aún más ridículo del que

he

des

55

empeñado. He aquí el hecho. Esta desdichada mujer, una vez instalada en el consulado de Francia

...

-Oh,

pero comience usted por

el

principio!
-exclamó

la

señora Lambert.
- Pero

si

ya

lo

saben ustedes.

- No sabemos nada,

y
queremos que nos cuente usted toda

lahistoria

de

punta a

punta.
- Pues bien!

Sepan ustedes que

yo me encon
traba en Larnaca en 18

... Un día salí de

la

ciudad

para dibujar.

Conmigo iba

un

joven inglés,muy
simpático,

buen muchacho,

hombre corrido,

Tlama

do sir John Tyrrel,

uno

de

esos individuos inesti
mables cuando

se

viaja,

porque piensan

en

la

co
mida,

no

olvidan las provisiones y

están siempre
de buen humor.

Por

lo

demás,

viajaba sin objeto
fijo,

y

no

sabía

ni

la

geología,

ciencia muy fasti
diosa

en

un compañero

de

viaje.
" Yo me había sentado a

la

sombra de una ca sucha,

a

unos doscientos pasos del mar,

que

en
aquel sitio está dominado por rocas a

pico.Esta
ba muy ocupado

en

dibujar los restos

de

un sar

cófago antiguo,mientras sir John,

tumbado

en

la
hierba,

seburlaba

demi desdichada pasión por las bellas artes,

fumando delicioso tabaco

de

Latakié.
Anuestro lado,

un truchimán turco,

que habíamos
tomado a

nuestro servicio,

nos hacía café.

Sabía
hacer

el

café

de

unmodo admirable,

y

era

el más
cobarde

de

los turcos que

he

conocido.
” De repente,

sir John exclamó con alegría:
" -Mire usted esas gentes que bajan del monte

(56

>

con nieve: les compraremos para hacer un sorbete
con naranjas.
" Levanté la vista, y vi venir hacia nosotros un
asno, sobre el cual iba atravesado un grueso bul
to; dos esclavos lo sostenían por cada lado. De
lante, un asnero conducía el asno, y detrás, un
turco venerable, de barba blanca, cerraba la mar
cha montado en un caballo bastante bueno.

"Nuestro turco, sin dejar de atizar el fuego, echó una mirada de soslayo sobre la carga del asno, y nos dijo con sonrisa singular:
" No es nieve.
"Y siguió ocupándose de nuestro café con su flema habitual.

"-¿Qué es, pues?

- preguntó Tyrrel—. ¿ Es
algo de comer?
" -Para “ los peces ”—respondió el turco.
" En este instante, el hombre a caballo partió a
galope, y, dirigiéndose hacia el mar, pasó a nues tro lado, no sin dirigirnos una de esas miradas despectivas con que los musulmanes gustan de op sequiar a los cristianos. Metió su caballo hasta las rocas a pico a que me he referido, y lo paró junto al sitio más escarpado.
"Entonces examinamos nosotros con más aten
ción el bulto que llevaba el asno, y nos chocó la
forma extraña del saco. En seguida acudieron a
nuestra memoria todas las historias de mujeres
ahogadas por maridos celosos, y nos comunicamos nuestras impresiones.
"

- Pregunta a esos granujasdijo sir John a

57

nuestro turco - si es una mujer lo que llevan ahí.
" El turco abrió los ojos con espanto, pero no
la boca. Estaba claro que juzgaba nuestra pre gunta demasiado impertinente.
” En este momento, llegado ya el saco cerca de
nosotros, le vimos claramente moverse y hasta es cuchamos una especie de lamento o gruñido que de él salía.
” Tyrrel, aunque gastrónomo, es muy caballeres
co. Se levantó como un loco, se precipitó sobre el
asnero y le preguntó en inglés, tan turbado esta
ba por la cólera, lo que llevaba y lo que preten día hacer con el saco. El asnero no se preocupó de responder; pero el saco se agitó violentamente
y escuchamos gritos de mujer, a lo cual los es
clavos se pusieron a dar sobre el saco fuertes
golpes con las correas de que se servían para conducir el asno. Tyrrel estaba decidido a todo.
De un vigoroso y científico puñetazo derribó por
tierra al asnero; después cogió a un esclavo por el cuello; y en esto, el saco, empujado violenta mente en la lucha, cayó con pesadez sobre la hierba.

"Yo había acudido. El otro esclavo se disponía
a recoger piedras, el asnero se levantaba. A pesar
de mi aversión a mezclarme en los asuntos de los
demás, me era imposible no ir en socorro de mi
compañero. Cogí un palo que me servía para sos tener mi quitasol y lo blandí, amenazando a los esclavos y al asnero, con el aire más marcial que me era posible. Todo iba bien, cuando el diablo

58

del turco a caballo, visto ya el mar y habiéndose

vuelto al escándalo que hacíamos, partió como una exhalación y cayó sobre nosotros antes de que lo hubiésemos pensado; llevaba en la mano una es pecie de mal cuchillo

...

- ¿Un ataghán?

preguntó --

Châteaufort,

que
gustaba del color local.
” —Un ataghán -

prosiguió Darcy con una son
risa

de

aprobación.

Pasó cerca

demí,

yme dió
en

la

cabeza una cuchillada con este ataghán,

que
me hizo ver treinta y

seis

...

" bujías ”

,

como tan
elegantemente decía mi amigo

elmarqués

deRo

seville.

Yo

le

respondí,

sin embargo,

dándole un
palo

enlos riñones,

yme puse ahacer

el molinete
como mejor pude,

golpeando a

asnero,

esclavos,
caballo y

turco,más furioso ya que

el mismo Ty
rrel.

El

asunto hubiese,

sin embargo,

terminado
mal para nosotros.

Nuestro truchimán

semante
nía neutral,

y

nosotros

no

podíamos defendernos mucho tiempo con un palo,

de

tres hombres

de

in
fantería,

uno

de

caballería y

un ataghán.

Por for

tuna,

sir

John

se

acordo

de

unpar

de

pistolas que
habíamos sacado.

Las cogió yme arrojó una,

y
con

la

otra apuntó

en

seguida

al

jinete que nos
daba tanta guerra.

La aparición

de

estas armas y

el

ligero chasquido del gatillo

de

la

pistola,

pro
dujeron un efecto mágico

en

nuestros enemigos, que

se

pusieron vergonzosamente

en

fuga,

deján
donos dueños del campo

de

batalla,

del saco y
hasta del asno.

A

pesar

de

toda nuestra cólera,
no

habíamos hecho fuego,

y
fué suerte,

pues no

59

se mata impunemente a un buen musulmán y
cuesta caro darle una paliza.
"Una vez que me hube sècado un poco, nuestro primer cuidado fué, como pueden ustedes imagi nárselo, acudir al saco y abrirlo. Nos encontra

mos con una mujer bastante bonita, un poco gor da, de hermoso pelo negro, y, por todo vestido, con una camisa de lana azul, un poco menos transparente que el chal de la señora de Cha verny.

" Esta mujer salió inmediatamente del saco, y
no muy turbada en apariencia, nos dirigió un dis
curso, muy patético sin duda, pero del cual no comprendimos una palabra; después me besó la mano. Es la única vez, señoras, que una dama me ha hecho este honor.

"Mientras, habíamos recobrado nuestra sangre
fría. Veíamos a nuestro truchimán arrancarse la
barba como un desesperado. Yo me arreglé la ca beza como mejor pude con mi pañuelo. Tyrrel decía:

"-¿Qué haremos con esta mujer? Si nos que
damos aquí, volverá el marido con refuerzos y
nos aplastará; si volvemos a Larnaca con ella en esta forma, el populacho nos lapidará infalible
mente.

" Tyrrel, confundido con todas estas reflexiones
y recobrada ya su fiema británica, exclamo:
" Qué demonio de idea ha tenido usted de ve nir a dibujar hoy!
" Su exclamación me hizo reir, y la mujer, que

60

no había comprendido nada, se puso a reir tam
bién.
" Fué preciso, sin embargo, tomar una resolu
ción. Se me ocurrió que lo mejor sería ponernos todos bajo la protección del cónsul de Francia; pero lo más difícil era entrar en Larnaca. El día declinaba, y fué una circunstancia favorable para nosotros. Nuestro turco nos hizo dar un gran ro deo, y gracias a la noche y a esta precaución, lle
gamos sin tropiezo a la casa del consul, que está
fuera de la ciudad. Se me ha olvidado decirles, que
habíamos arreglado a la turca una indumentaria,
casi decorosa, con el saco y el turbante de nuestro intérprete.
" El cónsul nos recibió muy mal; nos dijo que
éramos unos locos; que era preciso respetar los
usos y costumbres de los países en que se viaja;
que era preciso no poner el dedo entre el árbol y la corteza

...

En resumen,

nos echó una buena re
primenda,

ytenía razón,pues

lo

que habíamos he

cho era suficiente para ocasionar un motín violen to

y

una degollina de todos los francos de

la

isla
de

Chipre.
" Su mujer fué más humana;

había leído mu
chas novelas y

encontraba muy generosa nuestra conducta.De hecho,

nos habíamos conducido como
héroes de novela.

Esta excelente señora era muy devota,

y

pensó que convertiría fácilmente a

la
infiel que

le

habíamos llevado;

que esta conver
sión sería mencionada

en

el

“ Monitor ”

,

y

que

su
marido sería nombrado cónsul general.En

su

ca

61

beza quedó instantáneamente dibujado este plan. Besó a la mujer turca, le dió un traje, reprochó al señor cónsul su crueldad y mandó llamar al bajá para arreglar el asunto.
"El bajá vino furioso. El marido de la salvada era un personaje, y estaba echando chispas. Era una ignominia que unos perros de cristianos im pidiesen que un hombre como él arrojase su escla va al mar. El cónsul pasó sus apuros; habló del rey su amo, y más aún de una fragata de sesenta ca ñones que acababa de aparecer en aguas de Lar naca. Pero el argumento de más efecto fué, la pro posición que hizo en cuestro nombre de pagar la esclava a justo precio.
”

;Ay! ¡ Si ustedes supiesen lo que es el justo precio de un turco! Hubo que pagar al marido, pagar al bajá, pagar al asnero a quien Tyrrel ha bía roto dos dientes; pagar por el escándalo, pa gar por todo. ¡ Cuantas veces exclamó Tyrrel do
lorosamente!:

”; Por qué diablos ir a dibujar a orillas del
mar! ”

- Qué aventura, pobre Darcy!—exclamó la se ñora Lambert- ¿ Allí es, sin duda, donde ha re cibido usted esa terrible cicatriz? Levántese us ted el pelo, haga usted el favor. ¡Es un milagro que no le hayan rajardo la cabeza!
Julia, durante todo este relato, no había apar tado la vista de la frente del narrador; por fin preguntó con voz tímida:

- ¿Y qué fué de la mujer?

62

.

-

- Es justamente la parte de la historia que
no me gusta contar. La continuación es tan tris
te para mí, que a la hora presente todavía se bur

lan de nuestra aventura caballeresca.

- ¿Era bonita la mujer?-- preguntó la señora
de Chaverny, ruborizándose un poco.
- ¿Cómo se llainaba? — preguntó la señora
Lambert.
-Se llamaba Emineh.

- ¿ Bonita?

...

- Sí,

era bastante bonita;

pero demasiado gor
da

y

demasiado pintada,

según

el

uso

de

su

país.
Es preciso mucha costumbre para apreciar los

en
cantos

de

una belleza turca.

Emineh fué,

pues,
instalada

en

casa del cónsul.

Era mingreliana,

y

dijo a

la

señora C***,

lamujer del consul,

que

era hija

de

un príncipe.En aquel país,

todo granu.

jaque manda a

otros diez granujas

es

un príncipe.
Se

le

trató,

pues,

como a

princesa;

comía

en

la
mesa,

comía como cuatro,

y

cuando

se

le

hablaba

de

religión solía dormirse.

Esto duró algún tiem po.

Por fin

se

fijó día para

el

bautismo.

La

se
ñora C***

se

designó para madrina,

y
quiso que
yo

fuese padrino coil ella.

¡ Bombones,

regalos y
lo

demás!

...

Estaba escrito que esta desgraciada Emineh me arruinaría.

La señora C*** decía que
Emineh me quería más que a

Tyrrel,

porque

al
darme

el

café siempre me

lo

derramaba en
cima.

Yo me preparaba para

el

bautismo con

compunción verdaderamente evangélica,

cuando

la
víspera

de

la

ceremonia

la

bella Emineh desapa

63

reció. ¿ Habré de decírselo ' todo a ustedes? El cónsul tenía de cocinero a un mingreliano, que cier
tamente era un granuja; pero que hacía admira

blemente el “pilaf”. Este mingreliano había agra
dado a Emineh, que tenía, sin duda, un patriotis mo a su manera. La raptó, y al mismo tiempo le llevó a la señora una cantidad bastante consi

derable, que jamás volvió a recuperar. El asunto costó al cónsul su dinero, a su mujer el ajuar que había dado a Emineh y a mí los bombones, sin contar los golpes que había recibido. Lo peor es que me hicieron responsable en cierta manera de la aventura. Pretendían que era yo quien había li bertado a quella maldita mujer, a la que yo hu biese.querido ver en el fondo del mar, y que había traído tantas desgracias sobre mis amigos. Tyrrel supo escurrir el bulto. Fué considerado como una víctima, siendo él sólo la causa de todo el

lío,

y

yo

quedé con reputación

de

Quijote y

la

cicatriz
que ustedes ven,que perjudica mucho amis éxitos.

"

Contada

la

historia,

volvieron

al

salón.

Darcy
charló algún tiempo con

la

señora

de

Chaverny,
y
fué después obligado a

abandonarla para que le

presentasen a

un joven muy sabio

en

Econo
mía política,

que estudiaba para ser diputado y deseaba tener informes estadísticos sobre

el

Im
perio otomano.

X

Julia,

después que Darcy

la

hubo abandonado, miraba con frecuencia

al

reloj.

Escuchaba a

Cha

64,

teaufort distraídamente, y sus ojos buscaban

sin

querer a

Darcy,

que charlaba

en

el

otro extremo

del salón.Algunas veces

él

lamiraba sin dejar

de
hablar con

el

joven

de

las estadísticas,

y

ella

no
podía soportar

sumirada penetrante,

aunque tran
quila.

Sentía que había adquirido un imperio

ex
traordinario sobre ella,

y

no

pensaba sustraerse
a

él

.

Por

fin

pidió

el

coche,

y

ya

sea intencionada mente,

ya por preocupación,

lo

pidió mirando a
Darcy con una mirada que quería decir:

" Ha per

dido usted una media hora que hubiéramos podi do

pasar juntos ”

. Darcy continuaba hablando,

pero

parecía muy fatigado y

aburrido del interrogato
rio,

que

no

llevaba camino

de

acabar.

Julia

se

le
vantó lentamente,

estrechó

lamano de

la

señora
Lanibert y

se

dirigió hacia

la

puerta del salón, sorprendida y

casi picada,

de

ver a

Darcy conti
nuar en

el mismo sitio.

Châteaufort estaba cerca
de

ella y

le

ofreció

su

brazo,

que ella tomó sin

es
cucharle ycasi sin darse cuenta

de

supresencia.
Atravesó

el

vestíbulo,

acompañada

de

la

señora

Lambert y

de

algunas personas que

la

acompaña
ron hasta

el

coche.Darcy

se

había quedado

en

el
salón.

Cuando

se

hubo sentado en

el

coche,

Châ
teaufort

le

preguntó sonriendo

si

no

tendría mie
do

de

verse sola

de

noche por los caminos,

aña
diendo que iba a

seguirla

de

cerca

en

su

tilbury
en cuanto

el

comandante Perrin hubiese acabado
su

partida

de

billar.

Julia,

que

se

hallaba comple
tamente ensimismada,

se

despertó

al

sonido

de

su

3

65

voz, pero no había comprendido nada. Hizo lo que

toda mujer hubiese hecho en caso semejante: son rió.

Después,

con un movimiento

de

cabeza,

dijo
adiós a

las personas reunidas

en

la

escalinata,

y

sus caballos

laarrastraron rápidos. Pero precisamente

al

arrancar

el

coche,

había

visto aDorcy salir del salón,

pálido,

con aire tris
te

y

los ojos fijos

en

ella,

como

si

le

pidiese una
despedida especial.

Partió con

el

sentimiento

de
no

haberle podido dirigir un movimiento de

ca
beza para

él

solo,

y

hasta pensó que

se

habría
molestado por ello.

Ya

se

le

había ido

de

lame
moria que había dejado a

otros

el

cuidado

de
conducirla

al

coche;

ahora las culpas estaban

de

su
parte,

y

se

las reprochaba como un gran crimen.
El

sentimiento que había experimentado por Dar cy

algunos años antes era mucho menos vivo que el

que ahora abrigaba.

Era que

no

sólo los años
habían dado fuerza a

sus impresiones,

sino que
las acrecentaba además toda

la

cólera acumulada contra

sumarido.

Acaso también

laespecie

de

ca
pricho que había sentido por Châteaufort,

desde
luego completamente olvidado

en

este momento,

la
había preparado a

abandonarse sin excesivos re
mordimientos a

lapasión mucho más viva que

ex
perimentaba por Darcy.
En cuanto a

él

,

sus pensamientos eran

de

una

naturaleza mucho más tranquila.Había encontra do

con gusto una mujer bonita que

le

traía recuer
dos felices,

y

cuya amistad

le

sería seguramente
agradable para

el

invierno que iba a

pasar

en
DOBLE ERROR.

5

66

París. Pero una vez que no la tenía ya delante, sólo le quedaba el recuerdo de algunas horas pa sadas alegremente, recuerdo cuya dulzura era, por otra parte, contrarrestada por la perspectiva de
acostarse tarde y de recorrer cuatro leguas para
hallar su lecho. Dejémosle abandonado a estas ideas prosaicas, envolverse cuidadosamente en su capa y acomodarse a gusto y de lado en su cupé de alquiler, errando en sus pensamientos del salón de la señora de Lambert a Constantinopla, de
Constantinopla a Corfú y de Corfú a un sueño
ligero.
Querido lector; seguiremos, si gustas, a la se ñora de Chaverny.

XI

Cuando Julia abandonó el castillo de la seño
ra de Lambert, la noche era horriblemente obscu
ra, la atmósfera pesada y asfixiante. De cuando

en cuando, los relámpagos, iluminando el pai
saje, dibujaban las siluetas negras de los árboles
sobre un fondo anaranjado lívido. La obscuridad parecía redoblar después de cada relámpago, y el cochero no veía la cabeza de sus caballos. Pronto estalló una tempestad violenta. La lluvia que caía, primero en gotas gruesas y raras, se cambió pron to en un verdadero diluvio. Por todos lados el cielo se iluminaba, y la artillería celeste comen zaba a hacerse ensordecedora. Los caballos, asus tados, resoplaban fuertemente y se encabritaban

67

en lugar de avanzar; pero el cochero había co
mido muy bien; su grueso gabán, y sobre todo
el vino que había bebido, le impedían tener el
agua y los malos caminos. Sacudía enérgicamen
te su látigo sobre los pobres animales, no menos
intrépido que César en la tempestad cuando decía
a su piloto: " ¡ Llevas a César y a su fortuna! ”
La señora de Chaverny, como no sentía miedo
del trueno, no se preocupaba de la tormenta. Se
repetía todo lo que Darcy le había dicho, y lamen
taba no haberle dicho cien cosas que hubiese po

dido decirle, cuando de repente fué interrumpida
en sus meditaciones por un choque violento que
recibió su coche; al mismo tiempo, los cristales saltaron en pedazos y se escuchó un crujido de mal augurio: la carretela se había precipitado en un foso. Julia no sufrió más percance que el mie do. Pero la lluvia no cesaba; una rueda se había roto; los faroles se habían apagado y no se veía por los alrededores una sola casa para guarecer
se. El cochero juraba, el lacayo maldecía al co
chero y decía pestes de su torpeza. Julia perma
necía en el coche preguntando como se podría

volver a P

...

o

lo

que debía hacerse.

Pero a

cada
una

de

sus preguntas,

recibía esta respuesta des esperante.

- Es imposible!
En esto,

oyóse

de

lejos

el

ruido sordo

de

un co
che que

se

acercaba.

Pronto

el

cochero

de

la

se
ñora

de

Chaverny reconoció,

con gran satisfac ción suya,

uno

de

sus colegas,

con

el

cual había

68

establecido los fundamentos de una tierna amistad

en casa de la señora Lambert y le gritó que se
detuviese.

El coche se detuvo y, apenas pronunciado el nombre de la señora de Chaverny, un hombre jo ven que ocupaba el cupé abrió él mismo la porte zuela, y gritando: -¿Está herida?, se echó fue ra y se puso de un salto al lado de la carretela de Julia. Ella reconoció a Darcy: le esperaba. Sus manos se encontraron en la obscuridad, y Darcy creyó sentir que la señora de Chaverny apre taba la suya; pero era probablemente un efecto del miedo. Después de la primera pregunta, Dar
cy ofreció con naturalidad su coche. Julia no res
pondió al principio, pues se hallaba muy indecisa respecto al partido que debía tomar. De un lado, pensaba en las tres o cuatro leguas que habría de recorrer a solas con un hombre joven, si que ría ir a París; por el otro, si volvía al castillo para pedir hospitalidad a la señora Lambert se estremecía ante la idea de contar el novelesco accidente del coche atascado y del socorro ofre cido por Darcy. Presentarse en el salón en medio de la partida de “whist ”, salvada por Darcy como la nujer turca

...

no

había que pensar

en

ello.

¡ Pero también tres largas leguas hasta París! Mientras,

ella flotaba así

en

la

incertidumbre y
balbuceaba con bastante torpeza algunas frases triviales sobre

lamolestia que iba a

causar,Dar
cy,

que parecía leer

en

el

fondo

de

su

corazón,

le
dijo friamente:

69

-Tome usted mi coche, señora; yo perma neceré en el suyo hasta que pase alguien para París.

Julia, temiendo mostrar demasiada gazmoñe ría, se apresuró a aceptar el primer ofrecimien to, pero no el segundo. Y como su resolución fué repentina no tuvo tiempo de decidir de si irían a P

...

0

a

París.

Estaba

ya

en

el

cupé

deDarcy,
envuelta

en

su

capa,

que

él

se

apresuró a

darle,

y

los caballos trotaban vivamente hacia París
antes

de

que hubiese pensado

en

decir dónde que
ría

ir.

Su

criado había elegido por ello,

dándole

al
cochero

el

nombre y

la

calle

de

su

ama.

Comenzaron

la

conversación cohibidos.

El tono
de voz

deDarcy era breve y

parecía anunciar un poco

demal humor.

Julia imaginó,

que

su

resolu
ción

lehabía chocado y

que

la

tenía por una gaz moña ridícula.

Hasta tal punto

se

hallaba bajo
la

influencia

de

aquel hombre,

que

se

dirigía

in

teriormente vivos reproches y

sólo pensaba

en
disipar aquel movimiento

demal humor

de

que
ella

se

acusaba.

El

traje

de

Darcy estaba moja
do;

lo

advirtió,

y

despojándose inmediatamen te

de

su

capa exigió que

se

cubriese con ella.

Entablóse con tal motivo un pugilato

de

genero
sidad,

de

donde resultó que,

adoptando

un

término
medio,

cada uno obtuvo una parte

de

la

capa.

¡

Imprudencia enorme que

no

hubiese cometido sin
aquel momento

de

vacilación que quería hacerse perdonar!'Estaban tan cerca uno

de

otro,

que

la

mejilla

de

Julia podía sentir

el

calor del aliento

70

de Darcy. Las sacudidas del coche los aproxima lan aún más a veces.
- Esta capa que nos envuelve a los dos, me
recuerda - dijo Darcy - las charadas de otro tiem po. ¿ Se acuerda usted de haber sido mi Virginia cuando nos pusimos los dos la manteleta de su abuela?

- Sí, y del regaño con que me castigó por eso.
- ¡Ah!-exclamó Darcy, iqué tiempo tan feliz
aquél! Cuántas veces he pensado con tristeza y gusto en nuestras divinas reuniones de la calle Bellechasse-, ¿ Se acuerda usted de las hermosas alas de buitres que le ataron con cintas rosas, y el pico de papel dorado que yo le fabriqué con tanto primor?

-Sí - respondió Julia, Usted era Prometheo
y yo el buitre. ¡ Pero qué memoria tiene usted! ¿ Cómo puede usted acordarse de todas estas lo curas? ¡ Porque hace tanto tiempo que no nos he mos visto!

- Si me pide usted un cumplido...- dijo Darcy
sonriendo y adelantándose de manera que la mi raba de frente.

Y con tono más serio:
- En verdad - prosiguió, no es extraño que
haya conservado recuerdo de los más felices mo mentos de mi vida.

- Qué talento tenía usted para las chara das....- dijo Julita, temiendo que la conversación tomase un giro demasiado sentimental.
- ¿Quiere usted que le dé otra prueba de mi

71

memoria?—interrumpió Darcy. Se acuerda us
ted de nuestro tratado de alianza en casa de la
señora Lambert? Nos habíamòs prometido hablar
mal de todo el universo; pero en cambio sos
tenernos mutuamente contra todos

...

Pero nuestro
tratado ha corrido

la

suerte de casi todos los tratados;

no ha sido ejecutado.
- ¿Qué sabe usted?
- i Ay

!,
imagino que

no

ha tenido usted mu
chas ocasiones

de

defenderme;

una vez alejado deParís,

¿quién iba a

ocuparse

demí?
- De defenderle

...

no

...

pero

de

hablar

de

usted

a

sus amigos

...

-;Oh,

mis amigos -exclamó!

Darcy con son
risa algo melancólica—,

no

los tenía

en

aquella
época o,

por

lomenos,

que usted conociese.

Los
jóvenes que trataba

sumadre

de

usted me odia
ban,

no

sé

por qué,

y

en

cuanto a

las mujeres,
pensaban poco

en

el

señor agregado del ministe
rio

de

Negocios Extranjeros.
- Es que usted no les hacía caso.
- Es verdad.

Nunca he sabidu ser amable con personas a

quienes

no

quería.
Si

la

obscuridad hubiera permitido ver

el

ros
tro

de

Julia,

Darcy hubiese podido ver que un
vivo rubor

se

había extendido sobre sus facciones,
al

oír esta última frase a

la

cual ella había dado
un

sentido

en

que acaso Darcy

no

pensaba.
De cualquier modo,

abandonando

el

terreno

de
los recuerdos demasiado bien guardados por una
y

ctro,

Julia quiso llevarle a

sus viajes,

esperando

72

que por este medio se vería dispensada de hablar. El procedimiento resulta casi siempre con los viajeros, sobre todo con los que han visitado un país lejano.
- Qué hermoso viaje ha hecho usted!—dijo,
y cuánto siento no haber podido hacer nunca uno parecido.
Pero Darcy no se hallaba en vena narrativa.
- ¿Quién es ese joven de bigotes - preguntó
bruscamente que hace poco hablaba con usted?

Esta vez Julia se ruborizó todavía más.
- Es un amigo de mi marido — respondió-, un
oficial de su regimiento

...

Dicen -

prosiguió sin
querer abandonar

su

tema oriental -

que quien ha
visto ese hermoso cielo azul de Oriente,

no pue
de

ya vivir

en

otra parte.
- Me ha desagradado horriblemente,

no

sé

por
qué

... Hablo del amigo

de

sumarido,

no

del cielo
azul

...

En cuanto a

ese cielo azul,

señora,

iDios
lepreserve austed

de

él

!

Seacaba por tomarle tal
asco a

fuerza

de

verlo siempre

lomismo,

que

se
admiraría como

el más bello

de

los espectáculos
una bruma

de

París.Nada irrita más los nervios, créame usted,

que ese cielo azul,

que ayer estaba
azul y

que será azul mañana Si usted supiera
con qué impaciencia,

con qué desengaño,

siempre
renovado,

se

espera ansiosamente una nube!

-Y,

sin embargo,

usted

ha

permanecido mu
cho tiempo bajo ese cielo azul!
- Pero,

señora,me era bastante difícil evitarlo.
Si

hubiese podido seguir nada más que mi incli

73

nación, hubiera vuelto muy de prisa a los alrede dores de la calle Bellechasse, después de haber satisfecho el pequeño impulso de curiosidad que deben excitar necesariamente las cosas extrañas de Oriente.

- Creo que muchos viajeros dirían lo mismo si
fueran tan francos como usted

...

¿Cómo

se

pasa
el

tiempo

en

Constantinopla y

en

las demás ciu
dades de Oriente?

-Allí como

en

todas partes,

hay varias mane

ras

dematar

el

tiempo.Los ingleses,

beben;

los
franceses,

juegan;

los alemanes,

fuman,

y

algu
nos espíritus inquietos,

para variar sus distrac ciones,

corren

el

riesgo

de

recibir algún balazo,
trepando sobre lo3 tejados para atisbar a

las mu
jeres del país.

-A esta última ocupación daría usted proba
blemente

lapreferencia.
- Nada

de

eso.

Estudiaba

el

turco y

el

griego,
cosa que me cubría

de

ridículo.

Cuando había ter minado los despachos

de

la

embajada,

dibujaba,
iba a

caballo a

las Aguas Dulces,

y
paseaba por
las orillas del mar a

ver

si

venía alguna figura
humana

de

Francia o

de

cualquier otra parte.
- ¿Debía ser un gran placer para usted ver un
francés a

tan gran distancia

de

Francia?

- Sí;

pero por

un

hombre inteligente,

¡ cuántos
mercaderes

de

quincalla y

de

cachemira

no

nos ve
nían

!;
o,

lo

que

es

peor,

jóvenes poetas,

que,

ape
nas divisaban

de

lejos aalguien

de

la

embaja
da,

le

gritaban:

“ Lléveme usted a

ver las ruinas,

74

se ha

como

lléveme usted a Santa Sofía, conduzcame por las

montañas, al mar azul; querría ver los lugares en que Hero suspiraba.” Después, cuando han pes cado una buena insolación, se encierran en su

cuarto y no quieren ver nada más que los últi mos números de "El Constitucional ".
- Lo ve usted todo por el lado malo, según su
vieja costumbre. ¿ Sabe usted que no
corregido? Continúa siendo tan burlón
siempre.

- Dígame, señora; ¿ no estará permitido a un
condenado que se fríe en una sartén, divertirse
un poco a expensas de sus compañeros de fritura?
Le aseguro, que no sabe todo lo miserable que es
la vida que llevamos por allá. Nosotros, los se
cretarios de Embajada, nos parecemos a las go londrinas, que no reposan nunca. Para nosotros no existen esas relaciones íntimas que constitu yen la felicidad de la vida

... me parece.

(Pronun
ció estas últimas palabras con

un

acento singular
y

acercándose a

Julia.

)

Desde hace seis años no

he

encontrado a

nadie con quien pudiese cambiar mis pensamientos.

-¿Es que

no

tenía usted amigos por allí? --Acabo

de

decirle que

es

imposible tenerlos
en

país extranjero.

Había dejado a

dos

en

Fran
cia.

El

uno,

ha muerto;

el

otro,

se

encuentra

en
América,

de

donde

no

volverá hasta dentro

deal

gunos años,

y

si

la

fiebre amarilla

no

se

queda
con él.
— ¿De suerte que está usted solo?

75

-Solo.

-Y la sociedad de las mujeres, ¿ cómo es en
Oriente? ¿ No le ofrece a usted ningún recurso?

-Oh! Esta parte es la peor de todas. En las mujeres turcas no hay que pensar. De las grie gas y las armenias, lo mejor que puede decirse
en su alabanza es que son muy bonitas. En cuan

to a las mujeres de los cónsules y los embajado
res, permítame usted que no le hable de ellas.
Es una cuestión diplomática, y si dijese lo que pienso, pudiera causarme perjuicio en el ministerio.
- Me parece que no tiene usted mucho cariño
a su carrera. ¿Con qué ardor deseaba usted en otro tiempo entrar en la diplomacia!

- No conocía aún el oficio. ¡ Ahora quisiera ser
inspector de los fangos de París.
- Dios mío! ¿ Cómo puede usted decir eso? Pa
ris!

| El sitio más fastidioso

de

la

tierra!

- No blasfeme usted.Quisiera escuchar

su

pali

nodia

en

Nápoles,

después

de

pasar dos años

en
Italia.

-Ver Nápoles,

es

lo

que más quisiera

en

el
mundo -

respondió ella suspirando...- siempre que
mis amigos estuviesen conmigo.

-Oh!

Con esa condición

yo

daría

la

vuelta

al
mundo.

¡ Viajar con los amigos!

Es como

si

se
quedase uno

en

su

salón,mientras pasara

el mun
do

por delante

de

las ventanas,

como un pano
rama que

se

desenvuelve.
- ¡Pues bien!

Si

es

pedir demasiado,

quisiera
viajar con uno

...

con dos amigos solamente.

76

- Por mi parte, no soy tan ambicioso; no qui

siera más que uno solo, o una sola - añadio son
riendo. Pero es una dicha que nunca he teni

do

...

y

que

no

tendré -

continuó con un suspiro.

Y
en

tono más alegre:

En verdad

he

sido poco
afortunado.Nunca

he

deseado vivamente más que dos cosas,

y

no

he

podido conseguirlas.
- ¿Cuáles eran?

-Oh!

Nada muy singular.

Por ejemplo,

he
deseado con pasión poder bailar con alguien

...

He
hecho estudios profundos sobre

el

baile.

Me he
ejercitado durante meses enteros,

solo,

para ven

cer

el mareo que nunca dejaba

de

presentarse,

y
cuando

he

llegado a

no

sufrir ya vértigos

...

- ¿Y con quién deseaba usted bailar?
- ¿Si

le

dijera que con usted?

...

Ycuando me
había hecho,

a

fuerza

de

trabajo,

un bailarín con
sumado,

la

abuela

de

usted,

que acababa

de

tomar
un confesor jansenista,

prohibió

el

baile por una
orden del día que tengo aún sobre

el

corazón.

- ¿Y

su

segundo deseo?...- preguntó Julia
muy turbada.

- Mi segundo deseo,

voy a

confiárselo.

Hubie
ra

querido,

era demasiada ambición,

ser ama

do

...

pero amado

...

Era antes del baile cuando

lo

deseaba;

no

sigo

el

orden cronológico

...

Hubiera

querido ser amado por una mujer que me hubiera preferido a

un

baile — el

más peligroso

de

todos
los rivales—;

por una mujer a

quien hubiese po
dido

ir

a

ver con las botas sucias,

en

el momen
to

en

que

se

dispusiese a

montar

en

coche para

77

ir al baile. Estaría elegantemente vestida y me diría: “ Nos quedaremos ”. Pero esto era una lo cura. No se deben pedir cosas imposibles.
- ¡Qué malo es usted! ¡ Siempre las observa
ciones irónicas! Nada encuentra indulgencia en usted. Es usted implacable con las mujeres.

-Yo! ¡Dios me libre! De mí mismo es de quien
me lamento. ¿ Es hablar mal de las mujeres soste ner que prefieren una noche agradable

...

a

que
darse a

solas conmigo?
-;Un baile!

¡ Un traje elegante!

...

¡ Ah!

¡ Dics
mío!

...

¿

Aquién

le

gusta un baile ahora? No pensaba

en

defender a

todo

su

sexo

de

tale3
acusaciones;

creía escuchar

elpensamiento

deDar
cy,

y

la

pobre mujer

no

escuchaba más que

su
propio corazón.

-A propósito

de

trajes y

de

baile,

iqué lásti

ma que no estemos en Carnaval!He traído un tra jedemujer griega admirable,

y

que

le

sentaría

a

usted amaravilla.

- Hágame usted un dibujo para mi álbum.
-Con mucho gusto.

Verá usted qué progresos
he hecho desde

la

época

en

que emborronaba mu ñecos sobre

lamesa

de

te

de

sumadre.

A

propó
sito,

señora;

tengo que felicitarle;

esta mañana
me han dicho

en

el ministerio que

el

señor De

Chaverny iba a

ser nombrado gentilhombre

de
cámara.Me

he

alegrado mucho.
Julia

se

estremeció involuntariamente.

Darcy prosiguió sin advertir este movimiento.
- Permítame usted que desde este momento

so

78

licite su protección

...

Pero,

en

el

fondo,

no

estoy
muy contento

de

su

nueva dignidad.

Temo que
se

vea usted obligada a

vivir

en

Saint -Cloud du

rante

el

verano,

y

entonces tendré menos ame nudo

el honor de verla.

-Jamás iré a

Saint -Cloud -

dijo Julia con voz
muy conmovida.

-

Oh!

Mucho mejor,

pues París,

como

ve

us
ted,

es

el

paraíso,

de

donde

esmenester salir sólo para

ir

a

comer

de

vez

en

cuando

en

casa

de

la
señora Lambert,

a

condición

de

volver por

la

no
che.

¡ Qué fortuna

la

suya,

señora,

vivir siempre
en

París!

Yo,

que

no

estoy aquí acaso más que
por poco tiempo,

no tiene usted idea

de

lo

dichoso
que me siento

en

el

pequeño cuarto que mi tía
me ha dado.

Y

usted,

según me han dicho,

vive

en

el

barrio Saint -Honoré.

Me han indicado su
casa.

Debe usted tener un jardín delicioso,

si

la

manía de construir no ha cambiado ya sus ave
nidas en tiendas.

- No;mi jardín está todavía intacto,

gracias a
Dios.
- ¿Qué día recibe usted,

señora?

- Estoy

en

casa casi todas las noches.

Tendría
mucho gusto

en

que viniese usted a

verme algunas
veces.

- Usted

ve,

señora,

que me conduzco como

si

nuestra antigua "alianza "

subsistiese todavía.Me invito amí mismo sin ceremonia y

sin presenta
ción oficial.Usted me perdonará,

¿ verdad?

No

co

nozco

en

París más que a

usted y

a

la

señora

79

Lambert. Todo el mundo me ha olvidado; pero estas dos casas son las únicas que he recordado
con sentimiento en mi destierro. Su salón, sobre
todo, debe de ser delicioso. ¡Usted elige tan bien
sus amigos!...

¿

Se

acuerda usted

de

los proyectos,
que

en

otro tiempo hacía,

para cuando fuese ama de

casa?

Un salón inaccesible a

los fastidiosos;
música algunas veces,

siempre conversación,

y
hasta muy tarde;

nada

de

gentes con pretensio

nes,

un

pequeño número

de

personas que

se

co

nocen perfectamente y

que,

por tanto,

no

procu
ran mentir

ni

causar efecto.

Dos o

tres mujeres
simpáticas además (

es

imposible que sus amigas
no

lo

sean)

,

y

su

casa

es

lamás agradable

de

Pa
rís.

Sí

;

es

usted

iamás dichosa

de

las mujeres y
hace usted felices a

todos los que

la

rodean.
Mientras hablaba Darcy,

Julia pensaba que esta
dicha,

descrita por

él

con tanta vivacidad,

hubiese
ella podido alcanzarla

de

haberse casado con otro hombre

... Con Darcy,por ejemplo.En lugar

deeste
salón imaginario,

tan elegante y

tan agradable,
pensaba

en

las gentes fastidiosas que Chaverny

le
había llevado,

en

vez

de

las conversaciones tan
alegres,

recordaba las escenas conyugales como

la
que

le

había conducido a

P

...

Se

veía desdichada
para siempre,

atada

de

por vida a

un hombre ha
cia quien sentía odio y

desprecio;

mientras aquel

a

quien encontraba

el

más amable del mundo, aquel a

quien hubiese querido encomendar

el

cui
dado

de

hacerla dichosa,

debía ser siempre un

ex
traño para ella.

Su deber era esquivarlo,

separar

80

se de él

...

y

estaba tan cerca

de

ella,

que

el

revés
de

su

traje estrujaba las mangas

de

su

vestido.

Darcy,

continuó pintando los placeres

de

lavida
de

París,

con toda

la

elocuencia que

le

daba una

larga privación.

Julia entretanto sentía correr las lágrimas a

lo

largo

de

sus mejillas.

Temblaba a

la
idea

de

que Darcy

lo

advirtiese y

la

fuerza que
se

hacía acrecentaba

la

violencia

de

su

emoción.

Se

ahogaba;

no

seatrevía a

hacer un movimiento.

Al

fin,

se

le

escapó un sollozo,

ytodo fué perdido.
Cayó con

la

cabeza entre las manos,medio sofo

cada por las lágrimas y

la

vergüenza.
Darcy,

que estaba bien lejos

de

esperar tal cosa,
se

quedó muy asombrado.

Por un momento

lasor
presa selló

su

boca;

pero como los sollozos redo blaban,

creyóse obligado a

hablar y

a

preguntar
la

causa

de

aquel llanto tan repentino.
-- ¿Qué tiene usted,

señora?

Por Dios,

señora,
respóndame usted:

¿ qué

le

ocurre?

Ycomo,

lapobre Julia,

a

todas estas preguntas apretaba con más fuerza

el

pañuelo sobre sus
ojos,

cogióle

lamano y,

apartando suavemente

el
pañuelo:
-Señora,

por favor -

dijo con un tono

de

voz

alterado que penetró a

Julia hasta

el

fondo del
corazón.

Por favor,

¿

qué tiene usted?

¿

Le

ha
bré ofendido involuntariamente?

Me desespera us
ted con

su

silencio.

-- ¡Ah -exclamó!

Julia

no

pudiendo contenerse más-,

¡ Soy muy desgraciada '
Y

sollozó con más fuerza.

.

81

- Desgraciada! ¿ Cómo?

...

¿Por qué?

...

¿ Quién
puede hacerla desgraciada?

Respóndame usted.
Hablando así,

estrechábale las manos y

su

c2
beza tocaba casi a

la

de

Julia,

que lloraba

en

lu
gar

de

responder.Darcy

no

sabía qué pensar;

pero
le

conmovían sus lágrimas.

Sentíase rejuvenecido
en seis años,

y

comenzaba a

entrever que

en

un

porvenir que

no

sehabía presentado aún a

su

ima
ginación,

podría bien pasar del papel

de

confiden.

te

a

otro más elevado.
Como

se

obstinase

en

no

responder,

Darcy,

te
miendo que

se

pusiese mala,

bajó uno

de

los cris
tales del coche,

desató las cintas del sombrero

de
Julia,

apartó

su

capa y

su

chal.

Los hombres

re

sultan torpes para estos menesteres.Quería man dar detener

el

coche

en

una aldea.

Llamaba

ya

al
cochero,

cuando Julia,

cogiéndole por

el

brazo,

le

suplicó que

no

hiciese parar,

y

le

aseguró que

se
sentía mucho mejor.

El

cochero no había oído
nada,

y

continuaba dirigiendo sus caballos hacia
París.
- Pero

le

ruego,

querida señora

de

Cha
verny dijo Darcy,

volviendo tomar
mano que había abandonado un momento —

;

le

suplico;

dígame,

¿qué tiene usted?

¡ No com

prendo cómo

he

podido tener

la

desdicha

deha
berle lastimado!

-

Ah!

¡ No

es

usted -exclamó!

Julia.
Y

leestrechó un poco

lamano.
- Pues bien,

dígame:

¿

quién puede hacerla

llo
rar así?

Hábleme usted con confianza.

¿No somos
DOBLE ERROR.

6

-

a una

82

antiguos amigos?-añadió sorriendo y estrechan
do a su vez la mano de Julia.
- Usted me hablaba de la felicidad de que me
creía rodeada

...

¡

Y

esa felicidad está tan lejos
de mí!
- ¿Cómo!

¿No tiene usted todos los elementos
de

la

felicidad?

...

Es usted joven,

rica,

bonita

...

Su marido ocupa un rango distinguido

en

la

so
ciedad

...

- Lo

detesto —exclamó!

Julia fuera

de

sí— ILO
desprecio!
Yescondió

su

rostro

en

el

pañuelo,

sollozando
más fuerte que nunca.

-Oh

!,

¡
oh

! -pensó Darcy “

,

esto

se

pone muy
serio.

Y

aprovechando con destreza todas las
sacudidas del coche para acercarse más a

lades
dichada Julia:
- ¿Por qué,

le

decía con

la

voz más dulce y
más tierna del mundo,

por qué afligirse

de

se

modo?

Un sér que usted desprecia,

¿

ha

de

ejer
cer tan grande influencia sobre

su

vida?

¿Por qué

le

permite que

él

solo envenene

su

vida?

¿Es a

él

a

quien debe usted pedir esa felicidad?

...

Y

le

besó

la

punta

de

los dedos;mas como ella retiró

en

seguida

sumano con terror,

temió ha
ber ido demasiado lejos

...

Pero decidido a
el

fin

de

la

aventura,

le

dijo suspirando

de

una

manera bastante hipócrita:
— ¡Cuánto me

he

engañado!

Cuando supe su matrimonio,

creí que

el

señor

deChaverny

leagra
daba realmente.

ver

83

-, Ah!, señor Darcy, inunca me ha conocido usted!
El tono de su voz decía claramente: Siempre le he amado y usted no ha querido darse cuenta. La pobre mujer creía en este momento, con la mejor fe del mundo, que había siempre amado a Darcy, durante los seis años transcurridos, con
tanto amor como sentía por él en este momento.

- Y usted!-exclamó Darcy animándose, us
ted señora, ¿ me ha conocido alguna vez? ¿ Ha sa
bido usted cuáles eran mis sentimientos? ¡ Ah!,
si me hubiese usted conocido mejor, ahora seria mos sin duda felices uno y otro.

-; Qué desdichada soy!—repitió Julia con llan to redoblado y apretándole la mano con fuerza.
- Pero aun cuando me hubiese usted compren dido, señora - continuó Darcy con la expresión de melancolía irónica que le era habitual—, ¿ de qué hubiese servido? Yo carecía de fortuna; la de us ted era considerable. Su madre me hubiese re chazado con desdén. Estaba de antemano con

denado. Usted misma, sí, usted, Julia, antes que: una fatal experiencia, no le hubiese mostrado dón de está la verdadera dicha, se hubiese reído de mi presunción, y un coche reluciente, con una
corona de conde en las portezuelas, hubiese sido
entonces, sin duda, el medio más seguro de agra darle.

-Oh! ¡ Dios mío, y también usted! ¿ Nadie tendrá compasión de mí?
- Perdóneme, mi querida Julia!-exclamó muy

84

conmovido él también-; perdóneme, se lo supli
co. Olvide estos reproches. No, no tengo yo de recho a hacérselos. Soy más culpable que usted

...

No

he

sabido apreciarla.

La

he

creído débil como
las mujeres del mundo

en

que vivía;

he

dudado
de

su

valor,

querida Julia,

y

ime veo cruelmente
castigado por ello!
Besaba con ardor sus manos,

que ella

no

re
tiraba

ya;

iba a

abrazarla sobre

su

pecho

...

pero

Julia

le

rechazó con una viva expresión

de

terror
y

se

alejó

de

él

todo

lo

que podía permitirle

el
espacio del coche. Entonces Darcy,

con una voz cuya misma dul zura hacía más patética

laexpresión:
- Dispenseme usted,

señora,me había olvidado
de París.

Ahora me acuerdo que aquí

se

va

al
matrimonio,

pero que

no

se

ama.

-Oh

!,
sí

,

yo

le

amo - murmuro ella sollozan dom;

y

dejó caer

su

cabeza sobre

el

hombro

de
Darcy.
Darcy

la

apretó sobre sus brazos con efusión,
procurando detener sus lágrimas con besos.

Ella
procuro aún sustraerse a

su

abrazo,

pero este
esfuerzo fué

el último que intentó.

XII

: Darcy,

se

había engañado sobre

lanaturaleza

de
su emoción.

Hay que decirlo:

no

estaba enamora

do.Había aprovechado una buena fortuna,que

pa
recía venírsele encima y

que merecía que no

se

6

85

la dejase escapar. Por otra parte, como todos los hombres, era mucho más elocuente para pedir, que para dar las gracias. Pero, con todo, era hom bre educado, y la educación desempeña a veces el papel de sentimientos más respetables. Pasado el primer movimiento de embriaguez, vertía en los oídos de Julia frases tiernas que componía sim excesivo esfuerzo, acompañándolas con numerosos: besos en las manos, que le dispensaban de otras: tantas palabras. Veía sin pena que el coche estaba ya a la entrada de París y que dentro de pocos:

minutos iba a separarse de su conquista. El si
lencio de la señora de Chaverny, el anonadamien to en que parecía sumida, hacían difícil y aun fas tidiosa, si puedo atreverme a decirlo, la posición de su nuevo amante.

Ella estaba inmóvil, en un rincón del coche, apretando maquinalmente el chal contra su seno. No lloraba ya; sus ojos estaban fijos, y cuando Darcy le tomaba la mano para besársela, esta mano, no bien abandonada, volvía a caer sobre sus rodillas como muerta. No hablaba, apenas escu chaba; pero una multitud de pensamientos des garradores se presentaban de golpe a su espíritu, y, si quería expresar uno, al momento venía otro a cerrarle la boca.

¿ Cómo traducir el caos de estos pensamientos, o mas bien de estas imágenes que se sucedían con tanta rapidez como los latidos de su corazón? Creía escuchar en sus oídos palabras sin enlace y sin continuidad; pero todas con un sentido terri

9

.

86

ble. Por la mañana había acusado a su marido, era vil a sus ojos; ahora ella era cien veces más
despreciable. Le parecía que su vergüenza era
pública. La querida del duque de H*** la recha zaría a su vez. —La señora Lambert, todos sus
amigos, no querrían verla más. - Y Darcy?
-- ¿La amaba? -- Apenas la conocía. - La había

olvidado. — No la había reconocido de pronto. --- Acaso la

había encontrado muy cambiada.

- Es
taba frío con ella.

- El

golpe

de

gracia.

Su

pa
sión por un hombre a

quien apenas conocía,

que
no

le

había mostrado amor

...

sino sólo cortesía.

- Era imposible que

la

amase.—

Y

ella misma,

ile amaba?-No,

puesto que

se

había casado
cuando apenas acababa

de

partir.
Al

entrar

el

coche

en

París,

los relojes daban
la

una.

Alas cuatro había visto aDarcy por pri

mera vez.

-Sí

,

“ visto ”

;

no

podía decir "vuelto a

ver "

...

Había olvidado sus facciones,

su

voz;

era

un extraño para ella

...

¡ Nueve horas más tarde

era

suamante!

... Nueve horas habían bastado para
esta singular fascinación

...

habían bastado para
que queda e

deshonrada a

sus propios ojos,

a

los
njos

deDarcy mismo;

pues ¿qué podía

él

pensar

.de

una mujer tan débil?

¿Cómo

no

despreciarla?
Aveces

la

dulzura

de

voz

de

Darcy,

las pala
bras tiernas que

le

dirigía,

la

reanimaban

un

po

. co.

Entonces

se

esforzaba

en

creer que realmente
:sentía

el

amor

de

que

lehablaba.No

sehabía ren
dido tan fácilmente.–Su amor venía

de

mucho
tiempo atrás,

cuando Darcy

la

había abandona

87

do. —Darcy debía saber, que ella no se había casa do más quo por el despecho que su partida le ha hía hecho sentir. —La culpa estaba de parte de Darcy. - Con todo, él la había amado durante su larga ausencia, y a su vuelta había tenido la di
cha de encontrarla tan constante como él. — La

franqueza de su confesión, su debilidad misma, debían agradar a Darcy, que detestaba el disimu lo.-Pero lo absurdo de estos razonamientos le
saltaba pronto a la vista. - Las ideas consolado
ras se desvanecían y quedaban presa de la ver
güenza y la desesperación.
Hubo un momento en que quiso expresar lo que
sentía. Acababa de imaginarse que se hallaba
proscrita por la gente, abandonada por la familia. Después de haber ofendido tan gravemente a su marido, su altivez no le permitía volverlo a ver jamás. ” Darcy me ama - se dijo—; yo sólo a él puedo amar. Sin él no puedo ser dichosa. Seré fe liz en todas partes con él. Vamos juntos a cual quier sitio donde jamás pueda ver una cara que me haga sonrojarme. Que me lleve con él a Cons tantinopla

...

”

.

Darcy estaba a

cien ieguas

de

adivinar

lo

que
pasaba

en

el

corazón

de

Julia.

Había observado
que entraban en

la

calle donde vivía

la

señora

de

Chaverny y

se

ponía sus guantes con mucha sangre fría.

-A propósito —dijo—,

es

preciso que sea pre
sentado oficialmente

al

Sr.

de

Chaverny

...

Su

pongo que seremos pronto buenos amigos.

Pre

88

sentado por la señora Lambert, estaré en buena situación en tu casa. Mientras tanto, puesto que está en el campo, ¿ puedo volverte a ver?

La palabra expiró en los labios de Julia. Cada palabra de Darcy era una puñalada. ¿ Cómo ha blar de fuga, de rapto, a este hombre tan tran quilo, tan frío, que sólo pensaba en arreglar sus relaciones para el verano de la manera más có moda? Rompió con rabia la cadena de oro que
llevaba al cuello y retorció los anillos entre los
dedos. El coche se detuvo a la puerta de la casa que habitaba. Darcy se mostró muy solícito para arreglarle el chal sobre los hombros, para colo car su sombrero de un modo conveniente. Cuan do se abrió la portezuela, le presentó la mano del

modo más respetuoso, pero Julia se arrojó del co
che sin querer apoyarse en él.

- Le pediría permiso, señora - dijo inclinándo se profundamente, para venir a preguntar por usted.

- ¡Adiós!

- dijo Julia con voz ahogada.
Darcy volvió a su cupé y mandó que le condu jesen a su casa, silbando con el aire de un hom bre muy satisfecho de la jornada.

XIII

No bien en su cuarto de soltero, Darcy se puso
una bata turca, calzó sus chinelas y cargando de
tabaco de Latakié una larga pipa, cuyo tubo era de cerezo de Bosnia con boquilla de ámbar

89

blanco, se puso en disposición de saborearla arre
llenándose en una gran butaca guarnecida de tafi
lete y convenientemente rellena. A las personas
que se asombren viéndole en esta vulgar ocu pación, cuando quizá hubiese debido soñar más poéticamente, responderé que una buena pipa es útil, si no necesaria, para el ensueño, y que el
verdadero medio de saborear bien una dicha, es
asociarla a otra dicha. Un amigo mío, hombre muy sensual, no abría nunca una carta de su amante sin haberse quitado la corbata, atizado el fuego si era invierno y echarse sobre un cómo do sofá.

- En verdad — se dijo Darcy —hubiera sido un
imbécil si, siguiendo el consejo de Tyrrel, hubiese
comprado una esclava griega para traerla a Pa
rís. ¡ Caramha!; hubiera sido, como decía mi ami
go Haleb - Effendi, llevar higos a Damasco. Gra
cias a Dios, la civilización ha marchado de prisa durante mi ausencia, y no parece que la rigidez sea llevada a la exageración

...

¡ Ese pobre Cha
verny!

...

¡ Ah!

¡ Ah!

Sin embargo,

si

hace algu
nos años hubiese sido

lo

bastante rico,me hubie
se

casado con Julia,

y

acaso sería Chaverny quien la

hubiese acompañado esta noche.

Si

alguna vez

me caso,

haré revisar amenudo

el

coche

de

mi

mujer,

para que no tenga necesidad

de

caballeros
andantes que

la

saquen

de

los atascos

...

Veamos,
recordemos.

De cualquier manera,

es

una mujer
muy bonita,

simpática,

y

si

yo no fuese tan vie jocomo soy,

ime podría permitir creer

enmi pro

90

pio mérito!...

¡ Ah!

¡ Mi prodigioso mérito!

¡ Ay!
¡ Ay!Dentro

de

un mes,

acaso mi mérito estará a
la

altura del

de

ese señor

de

los bigotes

...

¡ Ah!

Hubiese querido que aquella pequeña Nastasia,

a

quien

he

amado tanto,

supiese leer y

escribir

y

pudiese hablar

de

las cosas con las gentes edu cadas,

pues creo que

es

la

única mujer que me ha querido!

...

¡ Pobre muchacha!

...

Su

pipa

se

apagó

y

en

seguida

se

quedó dormido.

XIV

Al

entrar

en

sus habitaciones,

Julia recogió to
das sus fuerzas para decir con aire natural a

su
doncella que

no

lanecesitaba y

que

la

dejase sola.
En cuanto hubo salido

lamuchacha,

se

arrojó

so
bre

el

lecho y

se

puso a

llorar con más amargura, ahora que

se

encontraba sola,

que cuando

lapre
sencia

deDarcy

laobligaba a

reprimirse.
La noche tiene ciertamente una influencia muy grande,

tanto sobre las penas morales como

so
bre los dolores físicos.

Da a

todo un tono lúgubre,
y

las imágenes que

de

día serían indiferentes y
aun risueñas,

nos inquietan y

nos atormentan por
la

noche,

como espectros que sólo tienen poder
en las tinieblas.

Parece como

si

durante

la

noche
redoblase

su

actividad

el

pensamiento y

perdiese
la

razón

su

imperio.

Una especie

de

fantasma
goría interior nos turba y

nos espanta,

sin que
tengamos fuerza para apartar

la

causa

de

nues

91

tros terrores o para examinar fríamente su rea lidad.

Representaos a la pobre Julia echada sobre el
lecho, medio vestida, agitándose sin cesar, tan
pronto devorada por un calor ardiente como he lada por un escalofrío agudo, estremeciéndose al menor crujido de las maderas y escuchando dis tintamente los latidos de su corazón. De su posi ción sólo conservaba una angustia vaga, cuya cau sa buscaba en vano. Después, súbitamente, el re cuerdo de esta noche fatal pasaba por su espíritu, rápido como un relámpago, y con él despertaba
un dolor vivo y penetrante como el de un hierro
enrojecido en una herida cicatrizada.
Tan pronto miraba la lámpara, observando con atención estúpida todas las vacilaciones de la

lla

ma,

hasta que las lágrimas que

se

amontonaban

en
sus ojos,

no

sabía por qué,

le

impedían ver

laluz.
- ¿Por qué estas lágrimas?-se decía—.

¡ Ah!
¡ Estoy deshonrada!
Tan pronto contaba las borlas

de

las cortinas
del lecho,

sin que pudiese nunca retener

su

nú
mero.

-
¿Qué locura

es

esta?-pensaba—.

¿

Locura?

Sí

,

porque hace una hora me

he

entregado como
una miserable cortesana,

a

un

hombre a

quien

no
conozco.

Después seguía con mirada vaga

la

aguja del
reloj,

angustiada,

como condenado que

ve

aproxi

marse

la

hora

de

su

suplicio.

De repente,

el

reloj
daba

la

hora.

92

-- Hace tres horas - decía estremeciéndose con
sobresalto - estaba con él, y estoy deshonrada!

Pasó toda la noche en esta agitación febril. Al
amanecer abrió la ventana, y el aire fresco y
vivo de la mañana le produjo cierto alivio. Incli
nándose sobre la balaustrada de la ventana que
caía sobre el jardín, respiraba el aire frío con
una especie de voluptuosidad. El desorden de sus ideas disipóse poco a poco. A las vagas torturas, al delirio que la agitaban, sucedió una desespera
ción intensa que relativamente resultaba un re
poso.
Era preciso tomar una decisión. Dedicóse en
tonces a buscar lo que debía hacer. No se detuvo ur momento en la idea de volver a ser de Darcy. Esto le parecía imposible; se hubiera muerto de
vergüenza al verle delante. Debía abandonar Pa
rís, donde, dentro de dos días, todo el mundo la señalaría con el dedo. Su madre estaba en Niza; iría a juntarse con ella; le confesaría todo, y des pués de haberse desahogado en su seno, sólo le restaba una cosa: buscar algún lugar desierto en Italia, desconocido de los viajeros, donde iría a vivir sola y a morir en seguida.
Una vez tomada esta resolución, sintióse más
tranquila. Sentose delante de una mesita frente a la ventana, y con la cabeza entre las manos,

lloró, pero esta vez sin amargura. La fatiga y el

abatimiento vencieron al

fin

,

y

se

durmió,

o más
bien,

dejó

de

pensar durante una hora próxima
mente.

Despertóse con escalofríos

de

fiebre.

El

93

tiempo había variado, el cielo estaba gris, y una lluvia fina y glacial anunciaba frío y humedad para el resto del día. Julia llamó con la campa nilla a su doncella.

- Mi madre está enferma - le dijo; tengo
que salir inmediatamente para Niza. Arregle usted una maleta; quiero salir dentro de una hora.
- Pero señora, ¿ qué tiene usted? ¿ No está us
ted mala? La señora no se ha acostado!-ex
clamó la doncella, sorprendida y alarmada por el
cambio que observó en el rostro de su ama.

-Quiero partir —dijo Julia con tono impacien tem; es absolutamente preciso que salga. Prepá reme usted una maleta.
En nuestra civilización moderna no basta un simple acto de voluntad para ir de un sitio a otro. Hay que hacer paquetes, llevar cajas, ocuparse de cien preparativos enojosos, que bastarían para quitar las ganas de viajar. Pero la impaciencia de Julia abrevió mucho todos estos engorros ne cesarios. Iba y venía de cuarto en cuarto, ayuda ba ella misma a arreglar las maletas, amonto
nando sin orden gorros y vestidos acostumbrados
a que se les tratase con más miramiento. Pero su agitación contribuía más bien a retardar la labor

de los criados, que a acelerarla.

- ¿La señora ha avisado sin duda al señor?
preguntó tímidamente la doncella.
Julia, sin responderle, cogió papel y escribió:
" Mi madre está enferma en Niza. Voy a su

94

lado. " Plegó el papel en cuatro dobleces, pero
no pudo resolverse a ponerle una dirección.
En medio de los preparativos de partida un
criado entró:

- El Șr. de Châteaufort, pregunta si la seño
ra está visible; hay también otro señor que ha
venido al mismo tiempo, al cual no conozco; pero ha dado esta tarjeta.
Ella leyó: “ E. DARCY, secretario de Embajada. " Apenas pudo contener un grito.
- No estoy para nadie!-exclamó—; diga us ted que estoy enferma. No diga que voy a salir.
No podía explicarse cómo Châteaufort y Darcy
venían a verla al mismo tiempo, y, en su tur
beción, no dudó un momento que Darcy hubiese elegido a Châteaufort como confidente. Nada más
sencillo, sin embargo, que su simultánea presen
cia. Llevados por el mismo motivo, habíanse en
contrado en la puerta, y después de cambiar un
saludo muy frío, se habían encomendado recípro
camente al diablo de todo corazón.
A la respuesta del criado, bajaron juntos la
escalera, se saludaron de nuevo aun más fria
mente y se alejaron en dirección opuesta.
Châteaufort había advertido la atención par ticular, mostrada a Darcy por la señora de Cha verny, y desde aquel momento había sentido odio
hacia él. Por un lado, Darcy, que se picaba de
ser fisonomista, no había podido observar el aire
confuso y contrariado de Châteaufort, sin dedu
cir que amaba a Julia; y como, en calidad de

95

diplomático, era inclinado a suponer el mal " a
priori ”, dedujo muy ligeramente que Julia no era cruel para Châteaufort.
- Esta extraña coqueta - se decía a sí mismo saliendo - no habrá querido recibirnos juntos te miendo una explicación como la del “Misantro po ”

...

Pero

he

cometido

la

tontería

de

no

encon

trar algún pretexto para quedarme y

dejar que
semarchase ese joven fatuo.

Seguramente

si

sólo
hubiese esperado a

que volviese

la

espalda,

me

hubiera recibido,

pues tengo sobre

él

la

incontes
table ventaja

de

la

novedad.

Al mismo tiempo que

se

hacía estas reflexiones se

había parado,

y,

volviéndose,

entró

de

nuevo

en
el

hotel

de

la

señora

de

Chaverny.

Châteaufort,
que

se

había vuelto también varias veces para ob
servarlo,

retrocedió y

se

puso a

pasearse a

cierta
distancia para observarlo. Darcy dijo

al

criado,

sorprendido

de

verle

de

nuevo,

que

se

había olvidado

de

darle un reca
do para

su

ama,

que

se

trataba

de

un asunto ur
gente,

de

un encargo que

le

había hecho una dama para

la

señora

de

Chaverny.

Acordándose

que Julia comprendía

el

inglés,

escribió con lápiz
en

su

carta:

“ Begs leave

to

ask when

he

can

schow

to

madame

de

Chaverny his turkish Al bum "

(

1

)

.

Entregó

su

tarjeta

al

criado y

dijo
que esperaría

la

respuesta.

(

1

)

Ruega a

la

señora

de

Chaverny

le

indique cuándo
podrá presentarle

su

álbum turco.

96

Esta respuesta tardó mucho tiempo. Por fin
volvió el criado lleno de turbación.

- La señora - dijo - se ha sentido muy mal hace
un momento y se encuentra demasiado enferma
para poder responderle.
Todo esto había durado un cuarto de hora. Dar cy, no creía en el desmayo, pero estaba claro que
no quería verle. Tomó la cosa filosóficamente, y
recordando que debía hacer algunas visitas en el barrio, salió sin apesadumbrarse del contratiempo. Châteaufort le esperaba con una ansiedad fu riosa. Al verle pasar no dudó que fuese su rival afortunado y se prometió coger la primera oca sión por los cabellos para vengarse de la infiel y de su complice. El comandante Perrin, con quien se encontró muy a tiempo, recibió sus con fidencias y le consoló lo mejor que pudo, no sin mostrarle lo poco justificado de sus sospechas.

XV

Julia se había desmayado verdaderamente al recibir la segunda tarjeta de Darcy. A su des vanecimiento siguió un vómito de sangre que la debilitó mucho. Su doncella había mandado bus

car al médico; pero Julia se negó obstinadamente a verle. Hacia las cuatro habían llegado los caba llos de posta, las maletas se hallaban atadas;

todo estaba dispuesto para la partida. Julia mon
to en el coche, con una tos espantosa y en un
estado que daba lástima. Durante la tarde y toda

97

la noche no habló más que al ayuda de cámara sentado en el pescante, y eso sólo para que di jese a

los

postillones que

se

apresurasen.

Con

tinuaba tosiendo y

parecía sufrir mucho del pe

cho;

estaba tan débil,

que

se

desmayó cuando
abrieron

la

portezuela.

La llevaron a

una mala
fonda y

la

acostaron.

Un médico

de

pueblo fué
llamado;

la

encontró con una fiebre violenta y

leprohibió que continuase

el

viaje.

Pero ella que
ría a

cada momento partir.

Por

la

noche sobrevi
no

el

delirio y

todos los síntomas aumentaron

de
gravedad.

Hablaba sin parar,

y

con una volubili
dad tan grande,

que era muy difícil comprenderla.
En sus frases incoherentes

se

presentaban ame
nudo los nombres

de

Darcy y

de

Châteaufort y
de

la

señora Lambert.

La doncella escribió

al

se
ñor

de

Chaverny,

para comunicarle

la

enferme
dad

de

sumujer;

pero

se

hallaban a

cerca

de
treinta leguas

de

París.

Chaverny cazaba

en

las
posesiones del duque

de

H***,

y

la

enfermedad

hacía tales progresos que difícilmente podría llegar a

tiempo.
El

ayuda

de

cámara había ido a

caballo a

la
ciudad vecina y

traído

unmédico.

Este desaprobó

el

plan

de

su

colega,

ydeclaró que

se

le

había lla
mado muy tarde y

que

la

enfermedad era grave.
El

delirio cesó

al

amanecer;

Julia

se

durmió
entonces profundamente.

Cuando

se

despertó,

dos

o

tres días después,

pareció que

le

costaba tra
bajo recordar por qué serie

de

accidente

se

ha
llaba acostada

en

un mal cuarto

de

fonda.

Pero
DOBLE ERROR.

7

98

pronto recobró la memoria. Dijo que se sentía mejor, y hasta habló de marchar al día siguiente. Y después de haber meditado, al parecer, largo tiempo, con la mano puesta sobre la frente, pidió papel y tinta y quiso escribir. Su doncella le vió comenzar varias cartas que rompía después de escritas las primeras palabras. Al mismo tiem
po encargaba que se quemaran los pedazos de
papel. La doncella notó en varios trozos esta pa labra: “ Señor ”, cosa que le pareció extraordina ria, pues ella creía que la señora estaba escri

biendo a su madre o a su marido. En otro frag mento leyó: “ Usted debe de sentir por mí un gran desprecio

...

"

Durante cerca

de

media hora intentó inútil
mente escribir esta carta,

que parecía preocupar
le

vivamente.

Por

fin

,

el

agotamiento

de

sus fuer

zas

no

le

permitió continuar;

apartó lejos

de

sí

el

pupitre que habían colocado

en

el

lecho,

ydijo
con aire extraviado a

su doncella:

- Escriba usted misma

al

Sr. Darcy.
- ¿Qué tengo que escribirle,

señora?—preguntó
la

doncella creyendo que

el

delirio iba a

comenzar

de nuevo.
- Escríbale que

nome conoce

...

,

que

no

lo

co

nozco

...

Yvolvió a

caer anonadada en

el

lecho.

Fueron
las últimas palabras seguidas que pronunció.

De
nuevo cayó

en

el

delirio para

no

salir más

de

él

.

Murió

al

otro día,

sin grandes sufrimientos apa
rentes.

99

XVI

Chaverny llegó tres días después de su entierro. Su dolor pareció sincero, y todos los habitantes de la aldea lloraron al verle de pie en el cemen terio contemplando la tierra recién removida que cubría el féretro de su mujer. Primero quiso ex humar el cadáver para llevárselo a París; pero como el alcalde se oponía y el notario le hablaba
de formalidades interminables, se contentó con

encargar un bloque de piedra caliza y dar órde nes para la erección de una tumba sencilla, pero decorosa.
Châteaufort sintió vivamente esta muerte tan repentina. Declinó varias invitaciones a bailes, y durante algún tiempo no se le vió más que vestido de negro.

XVII

En sociedad se hicieron varios relatos de la

muerte de la señora de Chaverny. Según unos, había tenido un sueño o, si se quiere, un presenti
miento que le anunciaba que su madre estaba en
ferma. La impresión fué tan fuerte, que en se guida se había puesto en camino para Niza, a pe sar de un violento catarro cogido al volver de casa de la señora de Lambert, y este catarro se había convertido en una pulmonía.
Otros, más clarividentes, aseguraban con aire misterioso que la señora de Chaverny, no pudien

100

do disimular el amor que sentía por el Sr. de Châteaufort, había acudido al lado de su madre, buscando fuerza para resistir a esta pasión. El ca tarro y la pulmonía eran resultado de la precipita ción de su viaje. En este punto todos estaban de

acuerdo.

Darcy no hablaba jamás de ello. Tres o cuatro meses después de su muerte, hizo una boda ven tajosa. Cuando anunció su matrimonio a la señora Lambert, ella le dijo felicitándole: -Verdaderamente, su mujer es encantadora; sólo la pobre Julia pudiera haberle convenido
tanto.

Darcy sonrió con aquella sonrisa irónica en el habitual, pero no respondió nada.
Estos dos corazones, que no se conocieron, esta ban acaso hechos el uno para el otro.

CALPE
COLECCIÓN UNIVERSAL

Precio del número, 0,30

La Colección Universal, inau

gurada por la editorial CALPE, publicará

las mejores producciones
literarias del ingenio humano,

en
todos los órdenes:

novela,historia,
poesía,

ciencia,

filosofía,

teatro,
memorias,

viajes,

ensayos,

etc.

La Colección Universal será pronto,

para los lectores

de

habla
española,

un

elemento indispensa
ble

de

educación y

cultura.

Hará
asequibles atodo

el mundo los be
neficios y

los goces del trato espi
ritual con los más grandes genios de

la

humanidad.

La Colección Universal publi cará las obras en su ABSOLUTA INTEGRIDAD, sin supresiones ni adiciones de ningana especie.

La Colección Universal cuidará con extremado celo de que las tra ducciones sean siempre fidelísimas y correctas; no publicará traduccio nes anónimas; encargará sus tra ducciones a reputados escritores.

La Colección Universal cuenta,
para las ediciones de autores espa ñoles, con el consejo y la colabo ración de eminentes filólogos.

La Colección Universal se ven de a 0,30 el número. La exten sión de un número es, aproximada mente, de 100 páginas, Las obras

que tengan mayor extensión irán publicadas en volúmenes de 200, 300, 400 y más páginas, valuán
dose cada volumen como 2, 3, 4 y
más números.

>

as

0.

La Colección Universal, por su extraordinaria baratura, represen
ta un esfuerzo editorial, nunca rea lizado en España.

�.

a.

La Colección Universal publi cara todos los meses VEINTE números, o sean unas DOS MIL páginas de selecta lectura, repar
tidas en ocho o diez tomos de sentación elegante y de cómodo
uso. Los 240 números anuales de
la Colección Universal constituirán

una copiosa y elegida biblioteca de
unos 100 tomos.

pre

7.
7

ES

La Colección Universal admite

suscripciones por un trimestre, un semestre y un año. Para los sus criptores, el precio del número se rá de 0,25

Suscripción trimestral

...
semestral

...
anual........

15

ptas.
30
60

L.P
A

Para

las

suscripciones ypedidos
de

volúmenes sueltos,

dirigirse a

Compañía Anónima CALPE

Consejo

deCiento,

416 y

418

Apartado:

89

BARCELONA

Colección Universal

OBRAS EN CURSO DE PUBLICACIÓN

Poema del Cid. Texto y traduc ción.- La traducción ha sido hecha por Alfonso Reyes, del Centro de Estudios Históricos.

LOPE DE VEGA: Fuente Ovejuna. Co media.-Edición revisada por
Américo Castro.

M. KANT: La paz perpetua. Ensayo filosófico. - La traducción ha sido hecha por F. Rivera
Pastor.

0. GOLDSMITH: El vicario de Wake field. Novela.-La traducción ha sido hecha por Felipe Villa verde.

J

:

LA ROCHEFOUCAULD: Memorias. La traducción ha sido hecha por Cipriano Rivas Cherif.

ORTEGA MUNILLA, de la Real Aca demia Española: Relaciones contemporáneas.

P. MERIMÆE: Doble error. Novela.
La traducción ha sido hecha
por A. Sánchez Rivero.

STENDHAL: Rojo y Negro. Novela. Tomo I.-La traducción ha sido hecha por Enrique de Mesa.

STENDHAL: Rojo y Negro. Novela. Tomo II.-La traducción ha

sido hecha por Enrique de Mesa.

VILLALON: Viaje de Turquía.-La edición ha sido cuidada por A. Solalinde, del Centro de Estu dios Históricos.

L. ANDREIEV: Sachka Yegulev. No

vela.-La traducción del ruso
ha sido hecha por N. Tasin.

C CASTELLO -BRANCO: Novelas del.Mi ño.-La traducción del portu
gués ha sido hecha por P. Blan
co Suárez.
CICERON: Académicas.—La traduc

ción del latín ha sido hecha por A. Millares.

J. W. GOETHE: Werther. Novela. La traducción, de D. José Mor
de Fuentes, ha sido cuidadosa mente revisada y corregida. ANTONIO MACHADO: Soledades, gale

rías y otros poemas.-Segunda
edición.

CERVANTES: Novelas ejemplares. To
mo I. « La gitanilla» y « El
amante liberal ».

TIRSO DE MOLINA: El condenado por
desconfiado. Comedia. La edi ción ha sido cuidada por Amé rico Castro.

-

LEIBNITZ: Opúsculos filosóficos. La traducción del francés ha sido hecha por Manuel G. Mo
rente.

RUIZ DE ALARCON: Los pechos privile giados. Comedia.-La edición ha sido cuidada por Alfonso Reyes.

Y otras obras de Mme. de Stael, Antón Chejov, Estévanez Calde rón, Trinidade Coello, Moratín, Plutarco, Barbey d'Aurevilly, Tá

cito, George Eliot, Massimo d'Azeglio, Kant, Leopoldo Alas (Clarín), César, Garcilaso de la Vega, Sterne, Schiller, Jules San deau, Montesquieu, A. Kuprin,
etcétera.

>

MANUALES GALLACH

Esta famosa colección, útil y económica,
de conocimientos enciclopédicos, abarca to das

las

ciencias,

las

artes,

los

oficios y

las

aplicaciones prácticas,

y

es

valiosísimo cau
dal

de

enseñanzas provechosas,

porque sus
volúmenes

se

han encargado a

especialistas

eminentes,

entre los cuales figuran personali
dades de tanto prestigio como

los

señores
Luanco,

Buen,

Lozano,

Mundi,

Carracido,
Calderón,

Posada,

Costa,Macpherson,

Ca

sares,

Rivas Mateos,

Altamira,

Zulueta,
Rubió y

Bellvé,

Opisso,

Giner

de

los Ríos
D. (

Francisco y

D.

Hermenegildo),

Villar,
Comas Sola,Apeles Mestres,

etc.,

etc.
109 Manuales,

que tratan

de

todas

las ma
terias.

Precio

de

la

colección completa,

al

contado,224,50 pesetas.

Alos compradores de

la

colección les

regalamos un magnifico mueble para colocar los volúmenes.

COLECCIÓ 89104422985
Precio del n

OBRAS

b89104422985a N. 1-4. PODNIA DEI

CID. Texto y traduc
ción, pot Alfonso Reyes.
N. ° 5-6.-LOPE DE VE
GA: FUCNTL OVESU
NA. Comedia.
revisada par Américo
Castro.
N.o 7.-M. KANT:
PAZ PERPETUA. En
sayo filosófico. Tra
ducción, por F. Rivera Pastor.

N.o 8-10.--O. GOLD S
MITH: VICARIO
DE WAKEFIELD. No vela.-Traducción, por Felipe Villaverde.

SEAS - Traducción, por
Cipriano Rivas Cherif.

N.o 14-15.- J. ORTEGA
MUNILLA, la Real
Academia Española:
RELACIONES CON TEMPORANEAS.
N. 16.-P. MERINEE:
DOBLEG ERROR. Nove la.-Traducción, por A.
Sánchez Rivero.
N. 17-20. - STENDHAL:

ROJO Y NEGRO. NO
vela. Tomo I. - Traduc
ción, por Enrique de
Mesa.

OBRAS EN PREPARACION

STENDHAL: ROJO Y NEGRO. Novela. Tomo II. Tra ducción, por Enrique de Mesa.
VILLALON: VIAJE DE TURQUIA.- La edición ha
sido cuidada por A. Solalinde, del Centro de Estu
dios Históricos.
L. ANDREIEV: SACHKA YEGULEV. Novela.-- Tra ducción del. ruso, por N. Tasin.
C. CASTELLO -BRANCO: NOVELAS DIL MINO. - Tra ducción del portugués, por P. Blanco Suárez.
CICERON: ACADEMICAS.- Traducción del latin, por
A. Millares.

J. W. GOETHL: VERTHER. Novela. - La traducción, de D. José Mor de Fuentes, ha sido cuidadosamente
revisada y corregida.
ANTONIO MACHADO: SOLEDADES, GALERIAS Y
OTROS POEMAS. - Segunda edición.

CERVANTES: NOVELAS EJEMPLARES. Tomo I.
"La gitanilla " y "El amante liberal ".
TIRSO DE MOLINA: EL CONDENADO POR DES CONFIADO. Comedia.- La edición ha sido cuidada
por Américo Castro.
LEIBNITZ: OPUSCULOS FILOSOFICOS.- Traducción del francés, por Manuel G. Morente.
RUIZ DE ALARCON: LOS PECHOS PRIVILEGIA DOS. Comedia. - La edición ha sido cuidada por Al fonso Reyes.